

---

*¿POR QUÉ SIGO SIENDO CATÓLICA?*  
Concurso Iberoamericano de Ensayo 2014



¿Por qué  
sigo siendo católica?  
Concurso  
Iberoamericano de Ensayo 2014

*Marcela Gallegos Ruiz*  
*Margarita García Mora*  
*Frida Varinia Ramos Koprivitza*  
*Lourdes Raymundo Sabino*  
*Sonia Corral Villar*



México, 2014

Primera edición, noviembre de 2014

*¿Por qué sigo siendo católica?*

*Concurso Iberoamericano de Ensayo 2014*

por

Marcela Gallegos Ruiz

Margarita García Mora

Frida Varinia Ramos Koprivitza

Lourdes Raymundo Sabino

Sonia Corral Villar

Diseño de portada:

Communicare/Gabriela Sánchez Téllez

© Derechos Reservados, primera edición, México, 2014, por

**Documentación y Estudios de Mujeres, A.C.**

José de Teresa 253,

Col. Campestre

01040, México, D.F.

Tel. 5663 3745 Fax 5662 5208

Correo electrónico: [demac@demac.com.mx](mailto:demac@demac.com.mx)

[librosdemac@demac.org.mx](mailto:librosdemac@demac.org.mx)

Impreso en México

**ISBN 978-607-7850-65-6**

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualesquiera de los medios—incluidos los electrónicos—sin permiso escrito por parte de los titulares de los derechos.

# ÍNDICE

Prólogo.....	7
Presentación de las autoras.....	17
Corazones que cantan soplos de vida (PRIMER LUGAR) <i>Marcela Gallegos Ruiz</i> .....	25
¿Por qué sigo siendo católica? (PRIMER LUGAR) <i>Margarita García Mora</i> .....	51
No nací, me hice creyente: historia de una conversión (SEGUNDO LUGAR) <i>Frida Varinia Ramos Koprivitza</i> .....	67
Soy católica porque la fe en esta religión es lo que mi madre y mi padre sí pudieron darme (SEGUNDO LUGAR) <i>Lourdes Raymundo Sabino</i> .....	97
Hacia una teología de la liberación femenina (TERCER LUGAR) <i>Sonia Corral Villar</i> .....	117



## PRÓLOGO

### **¿Por qué sigo siendo católica?**

*La Iglesia católica no nos reconoce a las mujeres la autoridad moral para tomar decisiones, ni nos permite ser sacerdotes: ¿por qué sigues siendo católica? ¿Qué nos mantiene en la Iglesia?*

Con estas preguntas y esta consideración se lanzó en abril de 2014 el concurso de ensayo promovido por Documentación y Estudios de Mujeres, A.C. (DEMAC), Católicas por el Derecho a Decidir, A.C., y la Red Latinoamericana de Católicas por el Derecho a Decidir.

Ciertamente, ésta no es una pregunta menor si tomamos en cuenta que la población católica de esta región es de un poco más de quinientos millones de personas (alrededor de 40% de la población católica mundial), y que de ésta, un poco más de la mitad somos mujeres a quienes no se nos reconoce la autoridad moral para tomar decisiones. Es importante entonces preguntarse:

### **¿Por qué seguimos siendo católicas si nuestra Iglesia nos trata tan mal?**

- Las mujeres cuidamos de las iglesias.
- Las mujeres enseñamos las oraciones a nuestras hijas e hijos.

- Lavamos la ropa de los sacerdotes y cocinamos para ellos.
- Somos las más fieles servidoras.
- También las más devotas y practicantes.
- Nosotras mantenemos vivas las enseñanzas de Jesús y las tradiciones católicas.
- Organizamos los bautizos, las primeras comuniones y las confirmaciones.
- Somos la mayoría de las misioneras en las regiones más recónditas.
- Somos quienes cuidamos de las personas enfermas.
- Las religiosas del mundo somos quienes sostenemos la misión de servicio de la Iglesia.
- Somos profesionistas de diversas disciplinas y hacemos teología, una rica teología que parte de la experiencia de las mujeres, de la experiencia feminista.
- Participamos, apoyamos y animamos las diferentes acciones y rituales que constituyen la vida en comunión en nuestra Iglesia.

Y, sin embargo...

- La Iglesia católica institucional nos veda el derecho a participar en la mesa donde se toman las decisiones.
- No se nos permite ser sacerdotes, ni mucho menos obispos, cardenales o papas.
- Tampoco podemos decir misa, perdonar los pecados, predicar, dar los santos óleos o la confirmación...
- La jerarquía eclesiástica nos veda el derecho a decidir a conciencia sobre nuestros cuerpos, sobre nuestras almas, sobre nuestras vidas.

Pareciera que el dominio masculino y la ideología patriarcal y misógina siguen siendo mayoritarios en la Iglesia

católica, por lo menos entre sus dirigentes. Pareciera que lo que hacemos o decimos las mujeres no tiene peso para ellos, que lo consideran trivial, y que, hasta ahora, estas posturas no tienen consecuencias para el proyecto dominante en la Iglesia institucional.

Sin embargo, no podemos dejar de anotar dos hechos recientes muy significativos para la feligresía católica latinoamericana, que esperamos contribuyan positivamente a la situación de discriminación hacia las mujeres que persiste en la Iglesia católica. El primero, la elección del argentino Jorge Mario Bergoglio como papa, un papa jesuita con un discurso mucho más cercano a la justicia social, a las realidades de las personas, que se ha atrevido a retar a las mafias internas del Vaticano, que quiere limpiar las finanzas de la Iglesia y cambiar el estilo ostentoso de sus jefes por una vida más congruente con los valores de humildad, bondad, opción por los pobres y los excluidos, y que lo está haciendo desde que asumió el papado y simbólicamente se negó a usar la capa bordada con piedras preciosas y los zapatitos rojos de Prada.

Francisco está moviendo también temas relacionados con la moral sexual. Por ejemplo con reacciones mucho más contundentes contra sacerdotes y obispos acusados de abuso sexual, como fue el caso del exnuncio en la República Dominicana, Jozef Wesolowski, quien fue expulsado de la Iglesia y confinado a cárcel domiciliaria. A pesar de que estas medidas distan mucho de las demandas de las víctimas y organizaciones que buscan justicia para los casos de abuso sexual, sin lugar a dudas marcan un camino diferente.

Es un papa que incluso ha manifestado la necesidad de respetar a los homosexuales y de acompañar a las mujeres que se han visto en la necesidad de abortar, pero que desafortunadamente, de manera ambigua y contradictoria, ha ratificado la negación de la Iglesia institucional a que las

mujeres puedan ejercer el sacerdocio, y se ha opuesto a la posibilidad de que cambien las enseñanzas relacionadas con el aborto para las católicas. Asimismo, fueron desafortunadas sus alusiones a las religiosas como “solteronas”, y su desconocimiento de la vasta producción de teología desde la experiencia de las mujeres, de la teología feminista, entre otros asuntos que atañen a las mujeres.

Por otro lado, se convocó a la III Asamblea General Extraordinaria del Sínodo de los Obispos en torno a “Los desafíos pastorales de la familia en el contexto de la evangelización”. Este sínodo estuvo precedido de un cuestionario sobre matrimonio y formas de familia emitido por la Santa Sede en noviembre de 2013, enviado a todas las parroquias del mundo y que dio lugar a un documento que sintetiza las respuestas: el *Instrumentum laboris*, que analizaron los obispos en esta máxima reunión celebrada en Roma, entre el 5 y el 19 de octubre de 2014. Para cuando salga este libro, ya habremos conocido las reflexiones y recomendaciones que surjan de este sínodo, pero sin duda el solo hecho de su convocatoria con las preguntas que se emitieron es destacable.

El segundo acontecimiento que merece señalarse está relacionado con los resultados de múltiples estudios y encuestas que demuestran la distancia cada vez mayor entre las enseñanzas morales de la jerarquía católica y la práctica de la feligresía. De acuerdo con una encuesta realizada por Univisión entre diciembre de 2013 y enero de 2014, en cuatro países de América Latina (Argentina, Brasil, Colombia y México) 90% de la población católica de estos lugares tiene una posición distinta a la de la Iglesia católica en materia de anticoncepción, cerca de 70% tiene una posición intermedia a la de la Iglesia en relación con las enseñanzas sobre aborto, un poco más de la mitad cree que a las mujeres se les debe

permitir el sacerdocio y una de cada tres personas católicas tiene una posición distinta a la de su Iglesia en relación con el matrimonio entre personas del mismo sexo.

Asimismo, en México se han realizado también encuestas nacionales sobre estos temas. Católicas por el Derecho a Decidir ha encargado tres de éstas en 2003, 2009 y 2014. Los resultados también nos hablan de una feligresía que está tomando sus decisiones en moral sexual sin considerar las prohibiciones de la jerarquía eclesiástica y que no quiere que la Iglesia institucional intervenga en las políticas públicas, sobre todo en las relacionadas con la salud y los derechos de las mujeres. Algunos datos de la encuesta de 2009 demuestran esta situación (los datos de la de 2014 están todavía en proceso de análisis):

- 1) La feligresía católica (61%) cree que los funcionarios deben gobernar tomando en cuenta la diversidad de opiniones en el país; y sólo 18% considera que deben gobernar de acuerdo con sus creencias religiosas, sin tomar en cuenta el interés general ni la pluralidad social.
- 2) Seis de cada diez fieles católicos (57%) están de acuerdo con que **la ley** debe permitir el aborto en algunas circunstancias; en tanto que uno de cada cuatro (24%) considera que **por ley** una mujer debe tener derecho al aborto siempre que así lo decida.
- 3) Entre 70 y 74% del total de fieles entrevistados está de acuerdo en que una mujer pueda hacerse un aborto si su vida o su salud están en peligro; 69%, si la mujer es portadora de VIH y sida, y 66% si el embarazo es resultado de una violación. Es importante señalar que más de la tercera parte de los católicos mexicanos (37%) está de acuerdo en que la mujer pueda interrumpir su embarazo dentro de las primeras 12 semanas de gestación.

- 4) A pesar de la campaña homofóbica de la jerarquía, 57% de los entrevistados apoya decididamente que el Estado garantice el respeto a la vida pública y privada de lesbianas y homosexuales.
- 5) El 83% de los fieles católicos opina que los servicios de salud del Estado deben ofrecer pastillas de anticoncepción de emergencia (PAE) a las mujeres que fueron víctimas de una violación, y 70% a las mujeres que tuvieron relaciones sexuales sin protección por voluntad propia y quieren evitar un embarazo. Asimismo, 74% considera que los adolescentes deben tener acceso a servicios de orientación y a métodos anticonceptivos en los servicios públicos de salud cuando así lo soliciten.

Con los resultados de estos estudios y encuestas, una vez más queda demostrada y se ratifica la brecha que se ha abierto entre las enseñanzas del magisterio eclesial y la feligresía católica. Bien decían algunas colegas cuando el papa visitó México por última vez: “las mexicanas y los mexicanos aman al papa, pero no siguen sus enseñanzas”. Una razón más para preguntarnos por la permanencia de millones de mujeres en la Iglesia católica; y, en este sentido, vale la pena resaltar que podemos seguir en esta Iglesia, promoviendo cambios y transformaciones acordes con el devenir de los tiempos, para que las mujeres seamos reconocidas como sujetos morales con capacidad de tomar decisiones.

Por ello, hacemos eco del papel asumido por las organizaciones de Católicas por el Derecho a Decidir, que a pesar de las descalificaciones que han recibido sus integrantes por parte de la jerarquía eclesial, siguen convencidas de su permanencia en la Iglesia, defendiendo su identidad católica y difundiendo entre sus hermanas en la fe los argumentos que han encontrado para defender la dignidad, autoridad moral

y derecho a decidir de las mujeres en todos los aspectos de sus vidas. También han asumido la defensa de la laicidad de los estados y la necesidad de que la institución católica rinda cuentas y se someta a las leyes de los países en donde está inserta.

Documentación y Estudios de Mujeres, A.C., ha trabajado durante 25 años en el empoderamiento de las mujeres, en especial de aquellas que viven situaciones de marginación, invitándolas a contar por escrito, con valor y honestidad, sus historias para difundirlas. Entre los objetivos que se trazó al fundarse en 1989, destaca el de “rescatar vivencias y testimonios femeninos que les permitan a las mujeres mexicanas mirarse bajo sus propios parámetros y no bajo el prisma de los valores que les son ajenos”. Al difundir el pensamiento de las mujeres mexicanas publicando sus escritos autobiográficos, DEMAC fomenta la reflexión social respecto de su realidad.

En el marco de la misión de DEMAC, se lanzó este concurso en colaboración con la Red Latinoamericana de Católicas por el Derecho a Decidir y en el contexto del 20 aniversario de Católicas por el Derecho a Decidir en México, y se hizo atendiendo al trabajo de esta organización de defender la autoridad moral de las mujeres para tomar decisiones, de rescatar el mensaje de Jesús y valiosos argumentos de la tradición católica que proporcionan las bases de esta defensa y de difundir el derecho de las mujeres católicas de disentir de las enseñanzas morales que no corresponden a nuestras necesidades y deseos. La libertad de conciencia, el *probabilismo* —principio católico que establece que donde hay duda hay libertad, que es el caso de las enseñanzas morales del magisterio eclesial— y la consecuente inexistencia del dogma son los argumentos centrales que sustentan esta posición.

Ante un contexto tan adverso para las mujeres en el marco de la Iglesia católica, cabe entonces preguntarse por qué

permanecemos las mujeres en una institución que nos depara una humillación permanente y que nos trata de manera injusta e irrespetuosa. Ésta no es una pregunta menor, como ya dijimos, pues sugiere múltiples respuestas que atañen a millones de mujeres que, por las más diversas razones, deciden permanecer en esta Iglesia y buscan solucionar de distintas maneras sus dilemas morales —si es que los tienen—, sin que esto signifique para ellas dañar su relación con Dios.

Con los ensayos que presentamos en este libro, se busca precisamente responder a estas preguntas y poner en evidencia la diversidad existente en la región iberoamericana, las situaciones concretas que viven las mujeres en su cotidianidad, dramáticas la mayoría de ellas, enriquecedoras todas y fuente de reflexión y análisis para quienes seguimos empeñadas en que se les haga justicia en todos los ámbitos. Los cerca de 200 trabajos que se recibieron —una muy buena respuesta a la convocatoria— constituyen un espejo de las realidades de sumisión, explotación y desigualdad que siguen enfrentando las mujeres de América Latina y España. Pero también de las inquietudes que se han generado entre las católicas conscientes de su situación de desventaja, y de la inteligencia y pasión con la cual resuelven sus dilemas, muchas de ellas poniendo en su relación con Dios su tranquilidad, su confianza y su esperanza en una vida mejor.

En este volumen se incluye una muestra de la riqueza y vitalidad del sentir de las mujeres acerca de la religión católica, reflejadas en los ensayos que resultaron premiados en el certamen iberoamericano. El jurado decidió otorgar el primero y segundo lugar a los siguientes ensayos:

- El primer lugar lo ganaron **Marcela Gallegos Ruiz**, por el ensayo titulado “Corazones que cantan soplos de

vida", firmado bajo el seudónimo de Plenilunio de abril, proveniente de San Cristóbal de las Casas, Chiapas, y **Margarita García Mora**, por el ensayo "¿Por qué sigo siendo católica?", firmado con el seudónimo de La discípula de Jesús, proveniente de Tlaquepaque, Jalisco.

- ▶ El segundo lugar fue otorgado a **Frida Varinia Ramos Koprivitza**, por el ensayo "No nací, me hice creyente: historia de una conversión", firmado bajo el seudónimo de María Egipcíaca, proveniente de Temixco, Morelos, y a **Lourdes Raymundo Sabino**, por el ensayo "Soy católica porque la fe en esta religión es lo que mi madre y mi padre sí pudieron darme", firmado bajo el seudónimo Ana Fernanda Carlos, proveniente de México, D. F.
- ▶ El tercer lugar se le asignó a **Sonia Corral Villar**, por el ensayo "Hacia una teología de la liberación femenina", firmado bajo el seudónimo de Sor Liviantada, proveniente de Las Palmas de Gran Canaria, España.

Queremos agradecer a todas y cada una de las personas participantes por haberse atrevido a contar sus historias relacionadas con una dimensión tan importante de la vida y por contribuir con tan valiosas reflexiones en esta propuesta de pensar nuestro papel como mujeres en la construcción de una iglesia incluyente y respetuosa de nuestro derecho a decidir.

Próximamente nos proponemos publicar todos los textos recibidos en respuesta a la convocatoria, ya que consideramos que todos merecen ser difundidos. Estamos seguras de que la lectura de estos ensayos y de los que están por publicarse generará una profunda reflexión sobre la condición de las mujeres en la Iglesia católica y sobre la necesidad de

demandar cambios a las estructuras y enseñanzas que constriñen nuestra autonomía y niegan nuestra autoridad moral.

AMPARO ESPINOSA RUGARCÍA  
*Documentación y Estudios de Mujeres, A.C.*

MARÍA CONSUELO MEJÍA  
*Católicas por el Derecho a Decidir, A.C., México.*

SANDRA MAZO  
YURY PUELLO  
*Red Latinoamericana de Católicas por el Derecho a Decidir*

<http://www.pewforum.org/2013/02/13/the-global-catholic-population/>

[http://univision.data4.mx/resultados\\_catolicos/ESP\\_encuestas-cat.pdf](http://univision.data4.mx/resultados_catolicos/ESP_encuestas-cat.pdf)

<http://www.catolicasporelderechoadecidir.org>

<http://catolicasmexico.org>

<http://www.demacweb.org>

<http://www.demac.org.mx>

<http://www.thewoman.org>

## PRESENTACIÓN DE LAS AUTORAS

**Marcela Gallegos Ruiz** nació en el hermoso valle de San Cristóbal de Las Casas, Chiapas (México). Seguramente la belleza de las montañas y la riqueza intercultural que caracterizan a su ciudad natal han influido en su sensibilidad para contemplar el misterio de la presencia divina en la naturaleza y en las diversas manifestaciones de fe que hay a su alrededor. Las palabras han desempeñado un papel muy importante en su historia desde pequeña, de modo tal que escribir ha sido para ella el vehículo más apropiado para expresar el lenguaje del corazón. Es una mujer enamorada de la vida y está orgullosa de su ser mujer. Le fascina aprender de otras personas, conocer otros puntos de vista e intercambiar ideas, y está convencida de que a través del servicio a otros y a otras se pueden construir nuevos y mejores caminos para la humanidad. Ha sido una incansable buscadora de opciones para saciar su sed espiritual, y actualmente se considera católica en el sentido de tener un corazón universal e incluyente con una clara tendencia a la fraternidad y la sororidad.

*Corazones que cantan soplos de vida* es un ensayo autobiográfico que nace del deseo de compartir experiencias y reflexiones personales que me han llevado a reconocerme como católica. Se trata de una historia real de encuentros en medio de un inmenso mar de desencuentros: una historia de amor, de fuego, de nostalgia y sed de Dios a través de mi peregrinar espiritual por caminos muy diversos, y en ocasiones

antagónicos, que he recorrido en el seno de la congregación conocida como Iglesia católica. Caminos en los que he hallado al dios ególatra impuesto por la visión patriarcal de la Iglesia —oscurantista, segregacionista, acusadora y mortífera— y senderos en que he descubierto el rostro solidario, cercano e incluyente de Dios, a través de corazones que cantan soplos de vida, de esperanza, de compromiso social y de libertad. Asimismo, es un canto de orgullo y agradecimiento dedicado a las mujeres que me invitan a soñar con una Iglesia que resucite con rostro de mujer.

**Margarita García Mora** nació en Guadalajara, Jalisco, el 24 de octubre de 1968, con la intuición propia de los nacidos bajo el signo de escorpio y entre dos hermanas mayores y una menor, todas en cuadros de honor, por lo que conoció desde pequeña sus límites y se sintió impulsada a ser mejor para que no le comieran el mandado, proceso por el cual desarrolló una sensibilidad a flor de piel, aunada a la ya concedida por ser niña sándwich.

De la relación con una madre feminista, quien a causa de su educación dejaba chorrear algo de machismo, y de un padre macho-inteligente que por amor a sus hijas se volvió feminista —aunque sin soltar sus privilegios—, heredó una fuerte tendencia en favor de las mujeres y en contra de las prerrogativas exclusivas de los hombres, y tiene la firme ilusión de contribuir a la formación de un mundo más equilibrado.

Algunas de sus pasiones son conocer y entenderse a sí misma, el comportamiento humano y lo que se cuenta de Dios por esta tierra nuestra de cada día. Agradece profundamente a Dios, de entre todo lo que le ha brindado para desarrollar estas pasiones, su fe inquisidora, su familia, su hijo con su corta vida, su maestría en Desarrollo Humano, el gusto por la lectura, y el vivir en una época donde hay

televisión a colores con programas culturales, amplia difusión de libros, y donde una mujer puede vivir sola sin levantar tantas sospechas.

Ahora que ha conocido en carne propia lo que es la suerte de principiante al obtener el premio DEMAC, le gustaría seguir escribiendo, con la esperanza de causar tanto placer y reflexión en alguien como la lectura ha causado en ella.

*¿Por qué sigo siendo católica?* es un viaje reflexivo a través de la vida de la autora, donde busca el sentido del aparente sinsentido de pertenecer a una Iglesia católica decadente por sus prácticas de ejercicio del poder, alejamiento de los pobres, adquisición de riquezas y por la distancia descomunal que ha establecido con el pueblo de Dios, al negarse a ver las necesidades de una realidad que sobrepasa su concepción de una feligresía ignorante, infantil y sometida, a la que puede seguir apabullando con preceptos anacrónicos y machistas, y en el cual las mujeres siguen siendo la llaga en el costado del cuerpo místico de Cristo. Son ellas a quienes, a pesar de estar cercanas al corazón de Jesús, de hacer brotar la gracia, y de las innumerables muestras de su madurez, la jerarquía católica sigue considerando como sujetos inferiores al negarles la autoridad moral para decidir y la posibilidad de ejercer el sacerdocio.

A pesar de todo esto, *la discípula de Jesús* logra reconocer dentro de la Iglesia la presencia de Dios, que sigue invitándonos a esforzarnos para que los hombres y las mujeres de nuestro tiempo sean acogidos con igual dignidad dentro de su reino.

**Frida Varinia Ramos Koprivitz.** Nace el 21 de marzo de 1960 en la ciudad de México, hija de Milena Koprivitz, mujer fuera de lo común, estudiosa y amorosa, maestra e historiadora del arte, y de Raymundo Ramos, escritor, profesor y

sobre todo poeta. Estudia Literatura Latinoamericana en la UJA, universidad jesuita, y se especializa en cuento fantástico mexicano, libro que publica Alfredo Castro, su editor y con quien contrae nupcias; tienen dos hijos, Milán e Isis. Forma parte de la Sociedad de Escritores de Morelos y del Seminario de Cultura, corresponsalía Cuernavaca. Pertenece al grupo Mujeres Poetas en el País de las Nubes. Ha sido incluida en varias antologías, entre otras, *Asamblea de poetas jóvenes* de Gabriel Said y *Diccionario biobibliográfico de Escritores Mexicanos* del INBA. Han traducido sus textos al inglés, al italiano y al checo. Ha publicado más de quince libros. Ha sido funcionaria pública, editora, promotora cultural y catedrática en instituciones educativas y culturales. Recibió el reconocimiento Poesía Joven del CREA, 1986; menciones honoríficas de la Federación Nacional de Mujeres Periodistas en 1993; Certamen Juana Santacruz, del Ateneo Español de México, 1992; Premio Nacional de Poesía Ignacio M. Altamirano, gobierno de Guerrero, 2005; Premio Nacional de Poesía de los XLVI Juegos Florales Juana Meléndez, de la UASLP, 2007. Actualmente es doctorante de filosofía del CIDHEM y catedrática de la UAEM.

***No nací, me hice creyente: historia de una conversión.***

Este texto pretende dar respuesta a la necesidad espiritual de ser creyente. En primer lugar hablo de mi condición como mujer fuera de la religión católica, ya que por motivos familiares no tuve una educación religiosa. A partir de este primer planteamiento, me cuestiono por qué no soy católica y elaboro una introducción a partir de un fragmento del poema de mi padre y, finalmente, sigo la línea que él mismo me marcó: hay quienes parten de la idea de Dios como una certeza en su vida y por eso poseen una fe inicial; y hay quienes, al no tener esa certidumbre, buscan a Dios como punto de llegada.

Es así como me permito iniciar un viaje de búsqueda espiritual muy personal, que relato en este texto: la búsqueda, la llamada, el encuentro, la confesión y el milagro.

Gracias a esta gran necesidad de encontrar un acicate espiritual, paralelamente a mi formación intelectual, pude descubrir que mi vocación literaria no era únicamente un oficio sino una misión, y encontré en la palabra, en la poesía, una especie de don que me ha permitido conocerme a mí misma y experimentar una verdadera conversión.

El reto que implicó realizar este ensayo me llevó a organizar no sólo un trabajo literario, sino una ruta crítica, para dar sentido y rumbo a mi fe, y me permitió aceptarme, pero, sobre todo y lo más importante, reconciliarme con mi propia historia de vida.

Soy **Lourdes Raymundo Sabino**, una mujer tlahuica y feminista. Nací en San Juan Atzingo, Ocuilan, Estado de México, el 8 de enero de 1987. Desde mi niñez me he interesado en estudiar y esforzado para lograrlo. Durante mi educación básica participé en concursos de escoltas, conocimientos generales, lectura y escritura, basquetbol y ortografía. Formé parte de la primera generación egresada del Centro de Educación Media Superior a Distancia San Juan Atzingo y, posteriormente, ingresé a la Universidad Autónoma Chapingo, donde cursé la carrera de Sociología rural. Después hice la Maestría en Antropología social en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, donde tuve la oportunidad de realizar trabajo de campo con mujeres nahuas de la Sierra norte de Puebla. Recientemente, inicié mi vida profesional con actividades de docencia e investigación en la Universidad Intercultural del Estado de Hidalgo.

***Soy católica porque la fe en esta religión es lo que mi madre y mi padre sí pudieron darme.*** El título de mi ensayo

es la respuesta a la pregunta “¿por qué sigo siendo católica?”, misma que elaboré a partir de cuatro experiencias en mi vida: la violencia que viví al lado de mi padre, la mayordomía de mi madre y mi padre, mi ser tlahuica y mi ser feminista. Estas vivencias tienen sentido porque encuentro en ellas un particular vínculo con mi familia. Señalo que la fe en la religión católica me permitió sopesar la violencia vivida. La mayordomía que encabezaron mi madre y mi padre fue importante para entenderme como católica; mientras que mi identidad tlahuica me ha permitido llenar de un contenido particular mi ser católica. Finalmente, enfatizo que mi fe en la religión no es sumisa, y planteo que es necesario posicionarse, cuestionar y transformar sus raíces patriarcales, de manera que cada quien pueda resignificar su forma de ser católica/o.

**Sonia Corral Villar.** Mi timidez infantil me hacía tartamudear y me frustraba tanto que decidí dedicarme a la comunicación. Nací en un frío pueblo burgalés de España, del que me evadía devorando libros y esperando la visita quincenal del bibliobús. Sufrí mi adolescencia en un internado de monjas y logré estudiar mi profesión soñada: el periodismo.

En mi último año de carrera conseguí una beca para ir a México. Más tarde, limpié platos en Edimburgo y en Berlín para aprender idiomas, pero me faltaba el sol.

Mi siguiente destino fueron las Islas Canarias: el clima y su gente lo convirtieron en definitivo. Aquí he trabajado como redactora en varios periódicos y reportera de televisión. Tras mi experiencia como directora de comunicación en varias instituciones, retomé mi aventura azteca. En Puebla estudié un Máster en Dirección de la Comunicación y fui maestra de escritura.

Estrené mi maternidad con la crisis económica y durante estos años he trabajado de dependienta, profesora y... de

lo que surja. Nunca paré de estudiar y ahora me enfoco en la comunicación en internet: espero que éste sea mi futuro profesional.

***Hacia una teología de la liberación femenina.*** Las que hemos sido educadas en el catolicismo podemos renunciar a la religión, pero nuestra moral no puede. Las mujeres iberoamericanas somos el baluarte de una Iglesia en la que aumentan los “no practicantes”, pero esta vocación nos impide tener una mínima conciencia feminista.

A lo largo y ancho de dos milenios, la Iglesia católica y sus jerarquías nos han condenado a un papel de servicio, obviando que la sociedad contemporánea se ha construido gracias a la emancipación femenina y a sus valores de libertad, igualdad y justicia. Desde su privilegiada situación, la Santa Sede sigue limitando nuestra autonomía con su visión antediluviana respecto al aborto y los métodos anticonceptivos, y tampoco nos permite formar parte de la estructura eclesiástica. Las asociaciones católicas femeninas y feministas difunden su interpretación de la palabra de Dios, pero la Iglesia sigue sin escucharnos. En vez de tenernos miedo, debería adaptarse a nuestro tiempo para ganar credibilidad y dejar de limitar nuestro desarrollo personal para mantenernos entre sus filas: debería adoptar una teología de la liberación femenina.



**CORAZONES**  
**QUE CANTAN SOPLOS DE VIDA**

**Marcela Gallegos Ruiz**



## CORAZONES QUE CANTAN SOPLOS DE VIDA\*

*A las mujeres que me han estremecido...*

### **El encuentro en medio de los desencuentros**

**A**hora que hay opciones religiosas, espirituales, esotéricas, a la medida del “usuario” (pues al cliente hay que darle lo que pide), sería adecuado preguntarme: ¿por qué me considero católica?

Hace años viví un hecho muy singular. Era un domingo común y corriente. Como buena católica, fui a misa, como procuraba hacerlo en los últimos años cuando me comprometí más profundamente con mi fe. Pocos días atrás había estado conversando con un amigo ateo que admira a sor Juana Inés de la Cruz. Ambos coincidíamos en ese punto y hacíamos a un lado que ella hubiera sido monja, como si eso no fuera importante o como si no fuera la parte que más nos atrajese

\* Nota aclaratoria: en la medida de lo posible utilizaré expresamente en mi redacción el género femenino para ser incluyente al emplear términos colectivos. Sin embargo, de acuerdo con el principio de economía del lenguaje, en algunas ocasiones acudiré al uso común de plurales como “nosotros”, “los cristianos” para referirme tanto a los hombres como a las mujeres que pertenecemos a esos grupos.

de ella, como modelo de cultura, inteligencia y autonomía, a pesar del oscurantismo religioso que la circundaba, a pesar de vivir en las fauces del enemigo. Pensar en Sor Juana y en opciones más inteligentes de trabajo en la Iglesia ocupaba mi mente mientras se llevaba a cabo la liturgia dominical. De pronto, todos nos pusimos de pie para escuchar el Evangelio. Escuchar. La Iglesia nos hace seres pasivos, seres sin voz que debemos aceptar incondicionalmente las verdades incuestionables que nos llevarán al cielo. ¿Cielo? ¿Cuál cielo? ¿Por qué vivir para otra vida sin vivir en ésta que realmente tenemos? ¿Acaso no se puede vivir en ésta como un *allegro* intenso y apasionado que nos conduzca al siguiente *tempo*?

Párense, siéntense, arrodíllense. El encuentro religioso en lo que debería ser la fiesta mayor de cada semana, se ha convertido simplemente en una secuencia de órdenes. Sólo órdenes, sólo comandos, sólo obediencia. Sólo ceguera.

Mi corazón no podía resistir ese momento. Cada palabra pronunciada por el sacerdote era una invitación a mi rebeldía, a abandonar el recinto, a salir corriendo desesperada en busca de mi libertad, en busca de mi paz. Irónicamente, no me sentía en paz dentro del templo, dentro del lugar sagrado de encuentro con la divinidad. Sin embargo, no seguí ese impulso rebelde y permanecí, aun en contra de mí misma, o a pesar de mí misma, en aquel lugar hasta que la misa concluyó.

¿Por qué me quedé? ¿Qué hizo que me quedara allí? Las preguntas que generaron este ensayo me hicieron recordar aquella vivencia y plantearme en este momento, *hic et nunc*, aquí y ahora, por qué sigo siendo católica, por qué sigo aquí a pesar de los diversos momentos en que esta estructura, erigida en torno a la figura de Cristo, me ha robado la paz y me ha hundido en el oscurantismo. A través de las siguientes páginas trataré de explicar o explicarme las razones que he tenido para permanecer en las filas del catolicismo.

Debo aclarar que no soy teóloga, y que los fundamentos de mi ensayo más que teóricos son vivenciales. En mi historia de vida he transitado por diversas corrientes de la Iglesia católica: desde grupos muy conservadores, pasando por otros medianamente conservadores, hasta el contacto con grupos más liberales y liberacionistas. A este mosaico de experiencias puedo integrar un trato cercano con ateos y con grupos evangélicos (de igual manera, algunos extremadamente conservadores y otros más liberales).

Me tocó conocer a esa porción de la Iglesia católica que le dio la espalda a una madre soltera que era miembro del grupo juvenil misionero al que yo pertenecía. Pero también he conocido el rostro de la Iglesia católica que incluye a madres solteras sin exigirles ningún credo específico, que acepta a parejas que viven sin el sacramento del matrimonio y trabaja con ellas, la que respeta el ejercicio de la sexualidad como una extensión de la presencia sagrada de Dios, como un don confiado en nuestras manos y corazones.

Quiero, por tanto, plantear mis argumentos como una historia de amor, una historia de encuentros en medio de un inmenso mar de desencuentros.

## **La cruz en los labios: mi primera catolicidad**

Nacer en el seno de una familia considerada católica simplemente porque ha portado ese título desde tiempos inmemoriales, es un hecho común en la actualidad. Ése es mi caso. Crecí en una familia que no iba a misa cada domingo, sino que hacía su aparición en el templo únicamente en acontecimientos especiales, como bautizos, primeras comuniones, “quince años”, bodas, entierros. Sumada a esas escasas asistencias, estaba nuestra ignorancia del protocolo: no sabíamos cuándo,

cómo ni por qué arrodillarnos, pararnos o sentarnos. Desconocíamos las fórmulas que le corresponden al celebrante y las de la asamblea, así como los símbolos más representativos del catolicismo. Y, a modo de marco para esa fotografía, mis padres expresaban con frecuencia sus críticas a la estructura eclesial.

A pesar de ese entorno, o quizá como consecuencia de él, mi abuela materna asumió como tarea suya la de proporcionarme algunos rudimentos de la fe católica. Ella me enseñó el Padre Nuestro, y se encargó de contarme varias historias bíblicas a modo de relatos infantiles para la hora de dormir.

Uno de los contactos más significativos que tuve a través de esas enseñanzas, fue aprender a hacer la señal de la cruz. Mi abuela decía en voz alta: "Por la señal de la santa cruz..." mientras conducía mi mano derecha por mi rostro y mi pecho. No sé cuántas veces repetimos el procedimiento, pero recuerdo con ternura la sensación de alegría que producía en mí el roce de la pequeña cruz formada por mi mano con mis labios. Hasta la fecha, cada vez que me perdisto pienso en mi abuela y en su legado a partir de un simple movimiento corporal.

Durante esta primera catolicidad, el único trato que tuve con personas consagradas fue con una religiosa de clausuro y con un sacerdote diocesano. A la primera la conocí a mis siete años de edad por un libro acerca de la vida y obra de sor Juana Inés de la Cruz que mi papá trajo a la casa. Me sentí fascinada por esa mujer de amplios conocimientos y de un inmenso amor por los libros. A mi maestra de segundo grado de primaria le platiqué con frecuencia de mi admiración por Sor Juana y de mi sueño de ser monja. En mi inocencia infantil, pensaba que ser monja implicaba ser estudiosa, sabia y talentosa. Imaginaba que mi inteligencia no sería desperdiciada en el convento, sino al contrario,

podría adquirir muchos conocimientos y tendría tiempo para leer infinidad de libros. Esa imagen de la vida religiosa como sinónimo de desarrollo intelectual marcó mis años venideros al sembrar en mi corazón la duda de si el mejor camino que podría tomar en mi existencia sería abrazar la vida consagrada.

A diferencia de Sor Juana, al sacerdote diocesano no lo conocí a través de libros, sino en persona, una tarde en que vino a tomar un café con mi familia. La razón de la visita no la sé, pero supongo que tenía nexos con que había sido compañero de trabajo de mi padre en una escuela unos años atrás. Para mí ésa fue una ocasión especial, puesto que era la primera vez que recibíamos la visita de un sacerdote en la casa. No recuerdo la edad que yo tenía, pero seguía siendo niña, y mis ojos curiosos observaban cada uno de los movimientos del padre, quien se desenvolvía como una persona normal, sujetaba la taza sin modos extraños y se reía como el resto de los seres humanos que conocía a mi alrededor, aunque su carcajada era tremendamente sonora. Sin embargo, en cuanto su boca quedaba libre del café que bebía o del pan que comía, o de su carcajada sonora, se llenaba de improperios. Y no me refiero a los cantos propios del oficio del Viernes Santo, sino a las palabras altisonantes que brotaban de sus labios para criticar las acciones del obispo en turno. En la poca conciencia que tenía de mi entorno, ignoraba que este sacerdote y el obispo de aquella época tenían pugnas ideológicas: un sacerdote libertino contra un obispo identificado con la teología de la liberación.

Los cimientos de mi infancia me condujeron a una adolescencia tendiente al libre pensamiento y al ateísmo. Sin embargo, simultáneamente, el germen de mi vida espiritual comenzaba a asomarse ávido de dominio sobre el terreno de mis conflictos existenciales.

## **Las campanadas de mi padre: transición a mi segunda catolicidad**

La tarde de un viernes mi padre escuchó las campanadas del templo de Santo Domingo, cuyo sonido es el más hermoso de todas las campanas que suenan en nuestra ciudad. Las escuchó y dijo: “Este domingo quiero ir a misa”. Yo tenía casi diecisiete años, una mente inquieta, cuatro meses de haberme proclamado atea y una gran sorpresa al ver que un librepensador quería ir a misa. ¡No podía perderme ese acontecimiento! Y, en efecto, no me lo perdí. Aunque tal vez, visto a la distancia de los años, fui yo quien se perdió.

Algo ocurrió en esa misa que me llevó a repetir la experiencia a los pocos días. No se trató de una revelación, sino de algo normal para una joven de esa edad: en la celebración dominical vi a un chico que me gustaba, y quería volver a verlo. Afortunadamente no tuve que esperar hasta el siguiente domingo, sino al miércoles: Miércoles de Ceniza, el primero para mí. Nunca había visto a tanta gente congregada en un templo. Al no encontrar asientos disponibles, tuve que quedarme de pie contra la puerta principal, apretujada entre las humanidades que me circundaban. La curiosidad que me caracteriza encendió mis ojos y oídos para observar lo que sucedía a mi alrededor, mientras que la vivencia comunitaria al rezar el Padre Nuestro —la única oración que conocía de todas las que se pronunciaron en la misa— encendió en mi corazón el fuego de una intensa búsqueda espiritual. Ése fue el primer golpe. El segundo, las palabras del celebrante al imponer la ceniza sobre mi frente: “Arrepiéntete y cree en el Evangelio”. Al estilo de la conversión de Saulo, sentí que una fuerza mayor a la mía me había arrojado del caballo de mis ideas. Y al igual que Pablo, perdí la vista, me perdí de vista. Salí del templo al lado del chico que a esas alturas ya

había dejado de importarme. Mi única compañía fue una honda nostalgia de Dios.

### **Mi Edad Media: mi segunda catolicidad**

“Pasabas por allí, no sé bien qué vibró dentro de mí y, sin pensar, me fui detrás de ti...” dice una canción de Mecano, titulada *J.C.* Y así, sin pensar, me fui detrás de Él, o de lo que creí que me llevaría a Él. Mi sed de Dios era insaciable. Adquirí mi primera Biblia para mitigarla. No funcionó del todo. Quizá lo que la calmó un poco fue el lugar de la compra: una tienda de artículos religiosos a cargo de unas monjas que pertenecen a una comunidad misionera. Después de comprar la Biblia, empecé a frecuentarlas con el pretexto de adquirir algún rosario, alguna estampa, alguna paleta de chocolate. En realidad me llevaba hacia ellas la misma sed que mencioné anteriormente, combinada con el hambre de los relatos de la vida misionera en África y Asia. El sueño de mi infancia —ser monja como Sor Juana— ahora reverdecía, pero con nuevos matices: ya no me veía en el claustro rodeada de libros, sino en lugares remotos rodeada de personas en necesidad a las que podría ayudar con mi servicio.

Me enamoré perdidamente de la posibilidad de ser misionera. Mi relación con la comunidad de estas monjas significó para mí algo equivalente a mi primer amor: lleno de juventud, de entusiasmo, de inocencia, de entrega absoluta y —por qué no admitirlo— de ceguera. Este amor me hizo decidir mi ingreso al grupo misionero laico juvenil asesorado por esas monjas.

Gracias al tiempo en el que estuve en el grupo misionero conocí el trabajo de las bases de la Iglesia católica, principalmente el de religiosas y misioneros laicos que tienen contacto

directo con los sectores de la población más desatendidos por las autoridades civiles y que quizá no reciban una visita directa de los altos jerarcas católicos. Fue aquí donde conocí el profundo espíritu de servicio de los jóvenes, de hombres y mujeres que sueñan con construir un mundo mejor. Ellos y ellas me llenaron de esperanza y encendieron en mí el fuego lleno de deseos de servir a otros.

Hace unos días encontré una cita atribuida a Anthony de Mello: "Si encuentras tu descanso en Jesucristo, ya no volverás a tener un momento de descanso". Precisamente eso sucedió con mi vida después de las misiones, jamás pudo volver a ser la misma.

Conocí entonces la santidad anónima, la santidad de base, la santidad que comparte el pan con los que no lo tienen, la santidad que camina horas de una población a otra, la santidad que camina en el lodo, hombro a hombro con las comunidades indígenas, la santidad que utiliza el transporte público o mulas de carga. Pero, lamentablemente, una santidad en muchas ocasiones infestada de fanatismos.

A pesar de todas las buenas impresiones que obtuve en aquella época, hubo corazones rotos, como suele pasar con el primer amor, sobre todo si se da en un estado de inmadurez. En el enamoramiento ciego no alcancé a distinguir señales de alarma, y cuando las noté, ya iban acompañadas de daños difíciles de cuantificar.

## **El politeísmo católico y sus invitaciones a la deserción**

Desperté brusca y dolorosamente del ensueño en el que me instalé durante mi tiempo en el grupo misionero. La mesa directiva de este grupo, constituido por mensajeros del amor, de la paz y del perdón, en coordinación con la madre superiora de

la comunidad de religiosas que nos asesoraba, acordaron la expulsión de una de mis compañeras misioneras debido a su embarazo fuera de matrimonio.

Su caso no se hizo público dentro del grupo. La mayoría de los compañeros ignoraba lo que estaba ocurriendo y se preguntaba por qué una chica tan comprometida como ella, de repente tomó la decisión de renunciar al grupo. Sin embargo, tuve la oportunidad de estar más cerca de ella, pues habíamos tenido una amistad estrecha en nuestros estudios de bachillerato, y me tocó verla llorar en medio de la confusión y los sentimientos de culpa mientras se desprendía de los símbolos que portaba con ella desde que había sido aceptada como miembro del grupo. Yo todavía no tenía esas insignias, porque estaba en una etapa de candidatura, por llamarla de un modo; a ella le había costado un gran esfuerzo “ganárselas”, y pocos meses después las perdía. Por la confianza que tenía depositada en mí, fungí como mensajera para entregar su carta de renuncia (obligatoria debido a la “gravedad de su falta”) y los mentados distintivos. Y junto con el sobre que entregué, mi corazón y mi mente comenzaron a elaborar su propia carta de renuncia sin que tuviera plena conciencia de ello.

Yo no era quién para juzgarla, así como mis compañeros y las monjas asesoras no tenían por qué juzgarme a mí o a otros compañeros y compañeras que meses o años más tarde decidimos tomar otros caminos que nos alejaban de los códigos de comportamiento asfixiantes que exigían (o siguen exigiendo) a los miembros del grupo.

Esos mensajeros del amor, de la paz y del perdón llenaron de enormes culpas y confusiones las maletas que llevé a mis nuevos caminos. Asimismo, fueron mensajeros de la enemistad conmigo misma, de la enemistad con mi humanidad, y sembraron la discordia, la intranquilidad, la desolación.

Fueron los inquisidores que pusieron sobre nuestras vidas las etiquetas de pecadores o pecadoras que merecíamos de todo tipo de aflicciones. Fueron guardianes férreos que, con sus estatutos en mano, nos cerraron las puertas del paraíso.

En nuestra humanidad conviven ángeles y demonios. Tenemos sembradas en nuestros corazones las semillas para ser como Gandhi o como Hitler. En nuestras manos está la decisión acerca de cuál queremos que se desarrolle más. La belleza y la crueldad conviven en el interior de cada ser humano en una danza de clarosucos que, al igual que el rey Midas, llenan de esa dualidad todo cuanto tocan. Lo sublime y lo perverso cohabitan no sólo en cada corazón, en cada cuerpo, en cada mente, sino en cualquier empresa humana. Por consiguiente, la Iglesia católica, más humana que divina, no escapa a esta realidad.

En uno de sus sonetos, Pablo Neruda afirma que “de dos modos es la vida, la palabra es un ala del silencio, el fuego tiene una mitad de frío”. Somos seres de luces y sombras, constituidos de clarosucos. No somos seres en blanco y negro, sino de colores, de matices, de tonalidades diferentes que se combinan artísticamente para manifestarnos al mundo con nuestra singularidad. En definitiva, no podemos tener sólo una cara buena o sólo una cara mala.

Quizá no sólo la Palabra, no sólo el Verbo fue y estuvo en el principio, sino también la paradoja, de tal manera que no podemos aspirar a ser sólo luz si por medio de los procesos orgánicos podemos constatar que la naturaleza requiere de las sombras, del día y de la noche, de las cuatro estaciones del año.

Al parecer, el sector más conservador de la Iglesia católica se ha encargado de rechazar aquello que se aleja de su concepto de “lo bueno”, como si pudiéramos decir que la noche es mala mientras que el día es bueno. Su visión es separatista.

Olvida que estamos constituidos por una gama de factores psicológicos, emocionales, intelectuales, académicos, sociales, físicos, etc., que no siempre conviven en armonía. Tratar de clasificar todos estos factores en buenos y malos, y deshacerlos de los malos, implicaría negar nuestra esencia, y con esto, aniquilarnos. San Pablo, en la Carta a los Romanos dice: “Sabemos, además, que Dios dispone *todas las cosas* para el bien de los que lo aman, de aquellos que él llamó según su designio” (Rom 8, 28). Todas las cosas. Todas.

Hace poco más de un año le escribí esta carta a una amiga que pasaba por ciertas dificultades:

Imagínate en una hermosa playa, tomando el sol en un día espléndido... ¡qué rico!, ¿no? La luz solar se combina preciosamente con el azul del mar y crea nuevos tonos dignos de maravilla; esta misma luz va dándole un color especial a tu piel (más aún si te aplicas bronceador). Imagínate caminando o corriendo a lo largo de la playa, pero eh... ¡espera! Ahora imagina que en esa playa nunca anochece, pero tampoco hay árboles ni casas ni objetos que puedan cobijarte con su sombra. Imagina que te expones al sol por veinticuatro horas seguidas sin refugio alguno. ¡Qué bella es la luz! ¿no?, pero quizá no en esas circunstancias. Así son nuestras vidas: no siempre podemos tener luz; por salud mental y emocional necesitamos ciertas sombras. Necesitamos de la noche para descansar, para reponernos, para soñar. La oscuridad manejada adecuadamente puede ayudarnos a replantear lo que estamos haciendo, a recobrar energías, a crecer, a reinventarnos, a hacer una pausa para ver lo que hemos recorrido, disfrutar y agradecer por lo que ahora tenemos, y mirar hacia adelante. Tú eres una persona de la luz; así que estoy segura de que no te estancarás en las sombras, pero mientras estés en ellas, sácales jugo, aprovéchalas, porque para los que aman a Dios y se dejan amar y transformar por Él, todo, incluso el dolor, incluso lo que llamamos error, coopera para su bien.

Debería existir un mandamiento que nos impulsara a amarnos a nosotros mismos con nuestras luces y sombras, y aceptar íntegramente lo que somos. Sin embargo, la religión de la luz parece enfocarse más en las sombras. Se ha convertido en una institución acusadora: "Religion is about our dignity, not our depravity" (Martel, 2001). Es decir, la religión debe tratar acerca de nuestra dignidad, de todo aquello que nos hace dignos, no de nuestras peores facetas, mucho menos de nuestras miserias.

Desde esta perspectiva, la Iglesia católica, a la que suele llamársele "madre", es una madre que golpea, censura, viola, encierra, culpa, juzga y castiga; es una madre que ha perdido la cordura y su sentido humanista al darle la espalda a la realidad, a los corazones, a la alegría de vivir. Una madre que goza con el sufrimiento de sus hijos como camino de salvación, sedienta de sacrificios, de condenas, de mártires, de fórmulas repetitivas sin sentido, de autómatas que aspiran a patrones de conducta inmaculados, de personas que siguen obedientemente el plan de Dios que sólo ella, la Iglesia, asegura conocer.

La interpretación religiosa del plan divino me hace pensar que quienes están detrás de esta versión de Dios lo ven como un ser egoísta, un ser al que no le gusta la libertad, ¡detesta la libertad! Asimismo, odia la creatividad y la sinceridad. Prefiere amarrarnos para nutrir su egolatría y su egocentrismo. Una religión así no sólo niega al dios-amor, al dios infinito, al dios de la vida, al dios del perdón y del abrazo cálido. Va en contra suya e inventa otro dios: el dios-horror, el de la intimidación, el de la culpa, el del miedo, el de la parálisis, el de la repetición absurda; el dios que justifica los abusos en esta tierra, al fin que son sólo temporales y serán perdonados por su infinita misericordia. ¡Qué misericordia tan conveniente! Se trata de un perdón sujeto a las fluctuaciones del mercado religioso, a las conveniencias de la jerarquía. Este

dios que nos han inventado desde la visión patriarcal de la Iglesia, es el dios de la violencia y de la discriminación. Si ellos creyeran en lo que predicán, no cometerían las fechorías que lastiman a la humanidad, de las que la pederastia es uno de los ejemplos más claros y dolorosos en la actualidad.

Ese dios-terror es un dios diferenciador, un dios que tolera la desigualdad, que justifica el trato preferencial a los sacerdotes cuanto más alto sea su rango, y margina a las religiosas —por ser mujeres— y al pueblo creyente. El dios intolerante que avala la excomunión cuando las ideas o procederes de sus hijos o hijas no se apegan al código moral impuesto por su santa Iglesia. El dios exclusivista que sólo reconoce la salvación a partir de la única Iglesia que fundó, como si la Iglesia fuera un club exigente de membresías.

Es un dios de mercado que se ofrece como el mejor producto y trata de enganchar al primer incauto o incauta que lo permita. Vienen a mi mente mis encuentros con las comunidades que ejercen una práctica a la que llamo “mercado-tecnia religiosa”, mediante la que sembraban en mí la duda acerca de si mi vocación era o no la de consagrarme en la vida religiosa. Joven, soltera, “bien portada”, fui blanco fácil (al igual que el resto de chicas que cubrían estas características) de argumentos que iban desde el “atrévete a descubrir cuál es el plan que Dios tiene para ti”, “tal vez Él quiere algo más de ti”, “a veces el Señor nos invita a dar un salto mortal”. ¡Pero qué Señor es ése que me exige lanzarme a ciegas a un precipicio sin paracaídas y sin ninguna clase de protección?!

Ese dios-conformismo, es el dios de la resignación que nos exige vivir en esta vida como si fuéramos cuerpos, espíritus y mentes inertes. Más que seres mortales, más que vivir con la conciencia de nuestra finitud, parecería que, bajo la observancia estricta de las normas religiosas, vivimos infinitamente muertos.

Hablando de muerte, ese dios-negación esconde nuestros cuerpos y nuestras mentes bajo el velo de la culpa y el estigma del pecado. ¿Para qué tengo un cuerpo que no puedo usar, que no puedo mover, que no puedo explorar? ¿Para qué tengo un cerebro que no puedo ejercitar a través de cuestionamientos? Bien lo decía el poeta persa Omar Khayyam: “Nos diste ojos, Señor, y permites que la belleza de tus criaturas nos deslumbre; podemos ser dichosos y pretendes que renunciemos a los goces de este mundo. ¡Mas esto es tan insensato como querer invertir una copa sin derramar el vino que contiene!” (Gallardo, 1974).

El dios intransigente que, en complicidad con su Iglesia acusadora, inventa el pecado y autoriza sacramentalmente la confesión del delito para adueñarse de nuestras libertades. Inger, la esposa de un pastor evangélico en la película *Tierra de ángeles*, también conocida como *Así en el cielo como en la tierra* (*As it is in heaven*, 2004), discute con él acerca de la existencia del pecado y le dice de una manera contundente: “Dios no nos perdona porque Él nunca nos ha condenado. ¡Dios no condena! La Iglesia inventó el pecado. ¡El pecado no existe!”. Inger asegura que el pecado únicamente vive en nuestras cabezas, pero en realidad no existe. Eso que llamamos “pecado” es una invención de la Iglesia, que nos señala culpables con una mano y con la otra nos ofrece redención. Todo es una mentira suya para aniquilar a la gente y para ganar poder. La verdad es que Dios no tiene nada que perdonar, porque Él nunca condena.

Si Dios lo sabe todo, si Él creó todo y ha estado desde el principio, debió haber sabido desde el comienzo que los seres humanos tenderíamos a eso que la iglesia llama “pecado”. A veces la idea de pecado que maneja la Iglesia me hace imaginar a un dios perverso, creador de un videojuego gigantesco al que vinimos a participar sin nuestra voluntad. Sólo él sabe los

caminos que hay que seguir, las pruebas que superar y el puntaje que lograr. Si él, el gran diseñador, lo sabía todo, ¿por qué nos trajo a este mundo conociendo desde el inicio, mucho antes de nuestra existencia, nuestras debilidades y nuestras fallas? ¿Por qué este dios de laberintos permite que nos perdamos, “pequemos” y luego roguemos su ayuda e imploremos su perdón para salvarnos? ¿Acaso no sería este un dios ególatra en su máxima expresión? O, dicho poéticamente por Khayyam: “Bebo vino como las raíces del sauz la clara linfa del torrente. ‘No hay más Dios que Alá —dices—, sólo Él lo sabe todo’. Entonces, al crearme, no ignoraba que tendría que beber. Si no lo hiciera así, fallaría la sabiduría de Alá” (Gallardo, 1974).

Todos estos dioses impuestos por la Iglesia me han invitado en innumerables ocasiones a desertar de las filas del catolicismo. Sin embargo, para calmar mi sed espiritual sigo acudiendo a fuentes identificadas como católicas. ¿Cuáles son las razones que he encontrado para sentir esa afinidad? A continuación me referiré a ellas y a mi tercer momento como católica.

### **Mi tercera catolicidad**

El *Diccionario de la Real Academia Española* reconoce como primera acepción de la palabra “católico” o “católica”, el adjetivo “universal”, es decir, “que comprende o es común a todos”. La institución que hoy conocemos como Iglesia católica aprovechó este significado y se apropió de él. Actualmente, entendemos como religión católica aquella “confesión cristiana regida por el papa como vicario de Cristo en la Tierra” (2001).

Soy católica porque soy universal, no porque haya firmado un contrato de exclusividad con esa congregación

humana que dirige el papa. Aunque mi formación es católica, mi corazón y mi mente están abiertos al ecumenismo y al diálogo interreligioso e interconfesional. Me gusta aprender de otras manifestaciones de fe, siempre y cuando no haya fanatismos ni divisiones ni imposiciones, sino unidad, amor, construcción y solidaridad. A veces, en son de broma, me he autodenominado “creyente independiente”, ciertamente con mayor afinidad con corrientes que, de algún modo, pertenecen a esa congregación llamada Iglesia católica, por lo que hago más las palabras que en diversas ocasiones he oído decir a una profesora a la que estimo: “Cada vez me vuelvo más espiritual y menos religiosa”.

Las religiones son sólo etiquetas que nos hacen enemistarnos. No atienden a la hermandad, a la identificación de unos con otros como seres humanos. Quizás este convencimiento que poseo me hace conmoverme siempre que escucho las ideas que expresa John Lennon en su canción *Imagine*: “Imagina que no hay paraíso, es fácil si lo intentas, imagina que no hay infierno debajo de nosotros, y que encima de nosotros sólo está el cielo... imagina que tampoco hay religiones”.

En consecuencia, mi tercera catolicidad consiste fundamentalmente en ser universal y en aceptar mi humanidad. Soy católica porque he aprendido a amarme y a perdonarme, y con esto me siento invitada a ser paciente conmigo y con la vida, a tratarme dignamente de acuerdo con mis convicciones y a ver mis acciones como experiencias de aprendizaje, no como la segmentación absoluta entre lo bueno y lo malo, entre lo blanco y lo negro, pues nuestras emociones y las acciones y decisiones que tomamos a partir de ellas no pueden ni deben ser clasificadas así.

Desde mi nueva catolicidad he descubierto a Jesús como hermano, amigo, compañero, cómplice de mis travesuras y de mis sueños, maestro... como un corazón siempre dispuesto

a comprender, a amar, a acoger, a perdonar y a abrazar. Y esto se lo debo a hombres y mujeres, cuyos corazones me han regalado cantos de luz, esperanza y vida.

### **Corazones que cantan soplos de vida**

Después de haber pasado por las filas de grupos católicos extremadamente conservadores, inicié mi camino de encuentro con mi auténtica catolicidad en mi contacto cercano con una comunidad moderadamente conservadora. La base ideológica de ese movimiento laico me puso en contacto con un nuevo concepto de libertad: la libertad interior. A esta etapa la he llamado mi “Renacimiento”.

A pesar de la visión tradicional del papel femenino como sumisión, delicadeza, silencio y obediencia, tuve un encuentro significativo con herramientas pedagógicas que me ayudaron a sanar las heridas que me había causado el sentimiento de culpa por la “infinidad” de pecados que había cometido a lo largo de mi vida, y con esto pude perdonarme y aceptarme, y ver como algo vivo los primeros asomos del concepto “libertad”. Mi Renacimiento fue un taller de reparación de mi alma fragmentada.

Una vez repuesta, en otros círculos católicos conocí a jóvenes de fuego, cuyos corazones se inflamaban al misionar; a sacerdotes de fuego, cuyas homilías hablaban de justicia social, de los problemas inmediatos de nuestro entorno, de la virginidad como estado del alma, no como estado del cuerpo. Estos círculos fueron el puente que me condujeron a una nueva etapa, a la que llamaría “Ilustración”. En mi propia Ilustración hallé abundante luz y esperanza. Aprendí a valorar el arte sacro (poesía, pintura, escultura, música), el arte mundano inspirado en cuestiones sacras, y el arte mundano,

netamente inspirado en aspectos mundanos, aplicable a la vida espiritual. Descubrí que lo creado por el mundo no está en pugna con lo que consideramos espiritual o divino.

Por fin llegó a mi vida el tiempo de consolación a través de la espiritualidad ignaciana y los ejercicios espirituales. Ritos, talleres, actividades fuera de lo convencional, dinámicas creativas, liberadoras, vivenciales, profundamente humanistas que me inundaron de alegría y esperanza.

En esta etapa conocí una Iglesia hermana, en la que por primera vez un sacerdote me pidió que lo llamara por su nombre en vez de llamarlo por su función, es decir, en vez de llamarlo "Padre", así con mayúscula, como expresión diferenciadora de papeles y jerarquías, desde una relación vertical de superioridad a subordinación. Y después encontré a religiosas a las que tampoco había que tratar de "hermana", "sor", "madre", sino por sus nombres. Trato de igual a igual, como hermanos y hermanas en Cristo.

He tenido también el privilegio de conocer la Iglesia intercultural que permite empaparse de manifestaciones de fe autóctonas. Puedo compartir una experiencia que tuve en una comunidad tzotzil de San Andrés Larráinzar. La comunidad se reunió con la familia de Dionicia para llorar la partida de su papá dos años atrás. Los ancianos aconsejaron a la familia, y cada integrante de ella tuvo la oportunidad de compartir con palabras su dolor, sus problemas actuales. Así tomaron la palabra la viuda, alguna de las hijas, alguno de los hijos, el yerno. La comunidad escuchó, sugirió, abrazó, lloró. No fue un encuentro ajustado a la duración normal de una celebración litúrgica en la ciudad. No. Aquí duró lo que tenía que durar, como si el tiempo fuera algo accesorio, como si sólo importara reconquistar la paz en los corazones, porque cada sufrimiento individual se convierte en un sufrimiento colectivo. No se puede dejar sin atender el dolor

individual, porque se vuelve una herida colectiva. Para los tzotziles decir “estoy contento(a)” implica decir “mi corazón está completo”. El corazón de la comunidad también debe estar completo. Ojalá la Iglesia católica pudiera aprender de la riquísima filosofía de vida de nuestros pueblos autóctonos.

Gracias a la creatividad de grupos juveniles, sacerdotes y religiosas que trabajan bajo la espiritualidad ignaciana y dominicana, principalmente, conocí una iglesia que no rechaza a las no vírgenes, que no rechaza a quienes viven en pareja sin haberse casado, que no rechaza a quienes piensan diferente. Asimismo, tuve mi primer contacto con el ecumenismo a través de la oración estilo Taizé.

Admiro la creatividad y la apertura de estas mujeres y hombres que rompen esquemas, y que, al estilo de los primeros cristianos, tienen corazones que cantan soplos de vida nueva. Recuerdo la inyección de esperanza e inspiración que me dio la prédica de una religiosa (caracterizada por ser una mujer muy culta, de alta sensibilidad y de gran compromiso con las causas sociales) en los oficios de un Viernes Santo. La vi y pensé: “¡Qué mujerón! ¡Con mujeres como ella imagino el sacerdocio femenil!” Lamento hondamente que aún no se hayan abierto las puertas a mujeres de grandes talentos y talentos que seguramente conducirían a la Iglesia por caminos de mayor humanismo, solidaridad y amor.

### **Serenata a la luz de la luna: el papel de las mujeres en la Iglesia**

El año pasado tuve la oportunidad de ir a una misión educativa en la que se respeta la diversidad cultural y religiosa de los niños y niñas que acuden al verano de actividades propuesto por el equipo de organizadores y por los voluntarios.

Sentada en la mesa redonda de la casa de las religiosas que coordinaron la actividad, me di cuenta de que estaba rodeada sólo de mujeres: ellas y las voluntarias que llegamos de diversos lugares del país a apoyar a esa comunidad. Allí abrí los ojos a mi ser mujer. Allí me sentí plenamente orgullosa de ser mujer, discípula de Cristo, hermana de Cristo, amiga de Cristo. Con este despertar a la luz, mi corazón de luna pudo abrazar a grandes mujeres que me hacen identificarme como católica: María Magdalena y Sor Juana; Clara, Francisca, Luisa y Helena (religiosas que he conocido en los últimos años); Dionicia, Martha, Alberta, Lorenza, Cándida, Manuela y María (mujeres indígenas tzotziles, que, prestando sus servicios como catequistas, luchan por conquistar más derechos para ellas y para las mujeres de sus localidades).

Al apropiarme de mi ser mujer, pude reconocer que si una mujer sufre, sufro yo también; si hay una mujer feliz, las demás tenemos derecho a ser felices en consecuencia. Las mujeres estamos hermanadas: en cada una de nosotras habitan las mujeres que nos antecedieron (madres, abuelas, tías, hermanas) y las que transversalmente viven en otros lados del planeta. Precisamente por esta hermandad, podemos cambiar nuestro papel en la sociedad si logramos identificarnos no sólo una con la otra, sino una en las otras, y las otras en mí misma. En otras palabras: la sororidad como camino de empoderamiento, en la Iglesia y en la sociedad.

Como hermanas, tenemos el poder de decidir qué mujeres queremos que existan en nosotras: ¿aquella que da la espalda a otras mujeres, a sí misma? ¿o aquella que lucha y empodera? Quiero que en mí habiten mujeres que se apropian de su identidad. Orgullosas de sí mismas. Mujeres dispuestas a dar vida en abundancia, y con esto no me refiero a tener los hijos que “Dios mande”, sino a mujeres que a partir de su plenitud, de nuestra plenitud, podamos dar vida alrededor

nuestro con nuestras palabras, en ocasiones con nuestros silencios, nuestras acciones, nuestro trabajo, nuestras propuestas, nuestras luchas, nuestros abrazos, nuestras risas y nuestro llanto.

Sin embargo, la figura de la mujer para los sectores más conservadores de la Iglesia católica es silenciosa a más no poder. Se trata de un modelo de mujer casi invisible. Una mujer que, a semejanza de la María que nos quieren vender como madre de Jesús, atesora todo lo que sucede en torno suyo en su corazón: madre abnegada, delicada, obediente con su máxima expresión en el *Fiat* que pronunció ante el ángel del Señor. ¿Y por qué no nos han mostrado a la María activa, a la que toma decisiones por sí misma como cuando visita a Isabel? ¿La que arrulla y disciplina a su hijo? ¿La “desobediente” que le pide a su hijo que dé vino en las bodas de Caná?

Jesús estuvo rodeado de mujeres. Seguramente hay más influencia femenina en su formación que masculina. Mucho de María hay en Él. Una vez oí decir de un pastor evangélico que tenía un lado femenino muy marcado, debido a que su mamá fue madre soltera. Comentó que eso le permitía entender mejor a su esposa y a las mujeres que lo rodean. La sensibilidad de este hombre me conmovió, y me hace pensar en ese Jesús pleno que se identifica con el dolor de los otros y de las otras. Ese Jesús pleno, apropiado de su ser masculino y de su ser femenino. Ese Jesús que rompe las barreras que solemos poner para separarnos.

A guisa de sarcasmo, llamamos “madre” a la Iglesia católica, pero quienes han tomado la mayoría de las decisiones fundamentales a través de la historia no han sido mujeres, sino hombres. Tenemos un papa, no una *mama*. Tenemos sacerdotes, pero no hay cabida para las mujeres en el sacerdocio. ¿Por qué nos temen? ¿Por qué nos etiquetan como las herederas de Eva, las provocadoras del pecado y de la caída

de la humanidad? ¿Por qué se empeñan en desacreditarnos como lo han hecho con María Magdalena? Les conviene nuestro silencio y nuestra sumisión. Nosotras merecemos elevar nuestra voz y ser voz de quienes han sido calladas y callados, despojadas y despojados de su conciencia. Merecemos reivindicarnos como discípulas de Jesús, al igual que Magdalena. Nuestra reivindicación será la suya. La suya será la nuestra. Merecemos construir la sororidad que supere épocas y fronteras. Merecemos una Iglesia que resucite con rostro de mujer, con la misión clara de parir la esperanza como camino de vida. Por eso soy católica, por eso soy universal, porque mi esencia es la vida, porque estoy conectada con la vida, porque quiero transmitir vida.

### **Credo conclusivo**

A lo largo de mi peregrinar espiritual he hallado pistas que me hacen creer en el camino de la catolicidad, no como el único, sino como una opción auténticamente radicada en el corazón. Entre estas pistas puedo mencionar a sacerdotes y religiosas que se entregan y comprometen con su pueblo, como Raúl Vera, Samuel Ruiz, Alejandro Solalinde, Ituarte, Óscar Arnulfo Romero, Clara, Francisca, Luisa, Helena, entre otros y otras.

Siento una gran inclinación por la Iglesia del trabajo de base, con los inmigrantes, los menos favorecidos. La Iglesia que lucha por los derechos humanos, la que promueve el empoderamiento de la mujer. La Iglesia que invita a ser familia y a ser respuesta para el mundo, en especial para la gente destrozada.

Me siento inspirada por los ministros, religiosas y creyentes en general que son sembradores de sueños, que optan por la inclusión y no por la marginación, que escogen la

fraternidad y plenitud contra el egoísmo y el egocentrismo. Me siento atraída por quienes construyen día a día no una religión, sino una espiritualidad católica —en el sentido de universal— basada en el amor, en la dignidad, en la libertad. Una espiritualidad de vida, de vida abundante, de vida humana. Si yo pudiera tener mi propio credo y compartirlo con la comunidad creyente, sería:

Creo en un solo Dios, que es padre y madre, hermano y hermana, luz, palabra y abrazo; creador, creadora de universos internos y externos, de lo que podemos explicar y de lo inexplicable. Que se manifiesta en el mundo, en la vida diaria, en la calle, en la naturaleza, en el silencio y en el tiempo. Señor de muchos nombres, de muchos caminos, de muchas representaciones gráficas e iconográficas. Creo en el Señor Jesucristo, amigo mío y hermano de la vida, de la alegría y del amor; amigo y hermano de otros profetas, de hombres y mujeres de santidad anónima, rebelde y liberadora, que luchan por el pan de cada día, hombro con hombro, sin explotar a sus semejantes. Sembrador de la esperanza, fuente de la que brota el pan de la alegría y la carne del amor, hecho milagro en un abrazo y multiplicado como alimento eterno que trasciende fronteras y épocas. Creo en el Espíritu de fuerza, de consolación y libertad; luz que alumbra el entendimiento, fuego que enciende el corazón de quienes aman. Creo en la Iglesia, que es comunitaria, que es incluyente, que es hermana, que es familia, que no atiende a jerarquías, sino a la solidaridad, reflejo del estilo de vida de los primeros cristianos. Espero la resurrección de las conciencias y de los corazones de los cristianos actuales en la esencia de vida de los primeros cristianos, danzando en armonía con los signos de los tiempos. Amén.

Junio de 2014.



¿POR QUÉ  
SIGO SIENDO CATÓLICA?

**Margarita García Mora**



**R**espondo a esta pregunta desde lo que he sido, desde lo que he ido construyendo a lo largo de todos estos años, desde mis sueños de llegar a ser.

A pesar —a mi muy grande pesar como católica— de todas las manipulaciones, engaños, tergiversaciones, guerras sangrientas para consolidar el poder, torturas infligidas a los herejes e interpretaciones de las escrituras a favor de los hombres, sólo por mencionar algunas de las faltas en que han incurrido las élites de poder de la Iglesia católica, sigo siendo católica porque fue la religión que aprendí en mi familia de origen.

Fueron sus enseñanzas y la vivencia de cómo las entendieron mis padres las que me arroparon, las que me infundieron valores, las que me enseñaron a discernir entre lo bien hecho y lo malhecho, y a optar por lo bien hecho, o al menos por lo mejor que se pudiera hacer; las que me dieron la fuerza para vencer algunos de mis miedos; las que me sostuvieron en mis pequeñas luchas sobre lo que creía que era injusto para tratar de remediarlo.

También fueron —¿cómo ignorarlo?— el origen de mis complejos de culpa, de mis tabúes sexuales, de mis miedos al diablo, de mi casi heroica resistencia pacífica ante las manipulaciones, chantajes y maltratos psicológicos de una amorosa y herida madre que, muchas veces, olvidó ponerse el guante de seda al educar con mano de hierro. Sin esas enseñanzas,

probablemente hubiera puesto en su lugar a mi mamá, me hubiera independizado antes y con menos culpa.

De la Iglesia católica aprendí su arraigada concepción de pecado, que muy seguramente estuvo en el fondo de mi vergüenza cuando me convertí en madre soltera.

Aprendí que los buenos tenían recompensa y que Dios los oía más que a los malos, y que éstos, tarde que temprano, recibían el castigo por sus faltas; supe que Dios hacía milagros si le pedías con mucha fe, con la suficiente como para tragarme durante nueve días una pequeña estampita de papel de China con la imagen de la Virgen del Perpetuo Socorro, para que me hiciera el milagro de que mi hijo, quien fue diagnosticado durante la gestación con higromas quísticos, fuera sanado. Por eso perdí la fe cuando mi hijo de tres meses tres semanas murió y no fui capaz de responderme por qué Dios no había escuchado mi petición de sanar a mi hijo, si yo podía considerarme una buena persona. ¿Por qué no se había apiadado de mi hijito? Así de inmadura fue mi fe.

En la iglesia que permea la sociedad donde crecí, conocí algunas “verdades”, como que la virgen que abandera una patria es la verdadera; que los católicos eran los buenos y los no católicos, los malos; que Jesús había sido muy inteligente al escoger sólo hombres para el sacerdocio, porque las mujeres, dadas al chismorreó, no sabemos guardar secretos y, entonces, la confesión sería imposible.

La imagen de un Dios justiciero, todopoderoso hasta el extremo de hacer parir a una virgen, más interesado en las leyes y en su voluntad que en las personas, de manera que quiso que su propio hijo muriera, de modo sanguinario e ignominioso, para salvarnos a nosotros, la aprendí y la practiqué en la Iglesia católica, al mismo tiempo que a un Jesús mágico que multiplicaba los panes y curaba con sólo tocar.

Sin embargo, junto con estas concepciones negativas, pues el trigo y la cizaña crecen juntos,<sup>1</sup> también fue a través de esta iglesia como tuve mi primer contacto con lo divino, con Dios, con lo trascendente; con ese hombre con corazón de dama, Jesús, que pasó su vida amando y haciendo todo el bien que le fue posible hacer, incluso a la hora de su muerte.

En ella y por ella fue que conocí la misericordia que predicaba Jesús, su amor por los pobres, los débiles, los marginados; la importancia de convertir la fe en obras; la necesidad y la belleza de compartir lo que somos con los demás. Conocí la historia de hombres y mujeres de todo el mundo, de todos los tiempos, religiosos y laicos, que entregaron su vida en favor de los demás, sin privilegio alguno, a semejanza de Jesús y siguiendo su mandato de amor.

Fue en ella, lo recuerdo bien, donde a mis doce años escuché a un joven misionero guadalupano que dijo: “Benditos protestantes que vinieron a despertar a la Iglesia católica”. Para mí, esta pequeña frase abrió mi conocimiento sobre la existencia de otros, dentro de la misma Iglesia católica, que pensaban de una manera más hermosa, menos estigmatizante, más adecuada al verdadero Jesús que yo imaginaba aun sin conocerlo a profundidad.

El tiempo transcurrido de mi existencia, con su pasado, con las experiencias vividas en altas y bajas, me permitió confrontar poco a poco la realidad con las ideas aprendidas y ver que muchas de ellas sucumbían ante los hechos, con lo que pude ir dejando atrás muchas de las concepciones negativas de la religiosidad y quedarme con las buenas, con las que me sirvieron para seguir creciendo.

Esto, aunado al don de cuestionar las cosas, de tener desde pequeña un sinnúmero de dudas que siempre tuve interés en

<sup>1</sup> Mt 13, 24-30.

resolver —después de superado el complejo de culpa por ser una rebelde descreída—, me llevó a buscar explicaciones para encontrar la verdad.

Paradójicamente, dentro la Iglesia católica encontré mi muerte y mi resurrección.

La cristología y eclesiología aprendidas en un diplomado en teología, que realicé con jesuitas y laicos formados en la espiritualidad ignaciana, me han permitido conocer a un Jesús tan humano que nos muestra su divinidad, despojado de la publicidad de los milagros; amante de las mujeres y conmovido por las circunstancias de vida en que el machismo de su entorno las sumía; más preocupado por la persona completa que por sus genitales y lo que haga con ellos; un Jesús con un amor a prueba de adulterios, de distancias, de corrupciones, de elitismos, de ortodoxias.

Un Jesús que estiró sus brazos para abrazarnos y acogernos a todos, sin distinción alguna de raza, sexo, religión, estatus social, preferencias sexuales, obras u omisiones, para acercarnos a un Dios Madre-Padre amoroso y que todos pudiéramos vivirnos como sus hijos, con las prerrogativas y deberes que implica esta filiación. Un Jesús que incluso dejó sus brazos clavados en la cruz, no para que fuera el distintivo de los cristianos —Él nos dijo que nos conocerían porque nos amamos los unos a los otros—, sino para que no olvidáramos que sus brazos jamás y por ningún motivo se cerrarían para ninguno que se acercara a Él.

Sé que la orden de los jesuitas, en diferentes momentos de la historia, también ha servido para consolidar la Iglesia católica de la cual nos quejamos ahora, llena de poder, machismo, excesos y corrupción, y que entre sus filas también hay curas que no llevan con dignidad su sacerdocio, a los cuales nada disculpo. No obstante, ha sido de las órdenes religiosas que han tenido la capacidad de renovarse desde su

interior y de abrirse más, aunque no sin dificultad, a los signos de los tiempos, y ha ayudado a otros tantos, como a mí, a tener una fe más madura que lleva, entre otras cosas, a ejercer el derecho de conciencia.

Así pues, a pesar de sus muchos defectos, para mí los jesuitas fueron el medio de que se valió Dios para acercarme a Él, después de que superé el ateísmo en que me sumió la muerte de mi hijo.

¿Cómo podría dejar de ser católica si es la religión que traigo tatuada en la médula de los huesos y en el inconsciente? ¿Cómo no ser católica si aquí mismo ha sido salvada mi concepción y mi experiencia religiosa? ¿Cómo cambiar de religión si en la misma Iglesia católica ha nacido mi esperanza de caminar junto con otros hacia una religión más parecida a la primeras comunidades cristianas, aunque eso implique un descenso en la cantidad de seguidores?

Aunque cambiar de religión implicara gozar de los derechos que como mujer me ha negado la Iglesia católica, creo que el cambio me desgarraría como persona, puesto que es parte del tejido de mi ser; es base de lo que soy, de mi existencia, de mi esperanza. Dividida y muerta, de muy poco me servirían los derechos.

### ¿QUÉ ME MANTIENE EN LA IGLESIA?

No es sólo la experiencia de resurrección vivida ni el que haya sido parte de mi formación, sino la firme creencia de que es la Iglesia que proviene de los que estuvieron más cercanos a Jesús, aunque Él mismo no haya vislumbrado crear ninguna religión, y mucho menos la existencia de una iglesia tal y como la conocemos hoy: poderosa, rica, vertical, sometedora, machista, excluyente.

No puedo concebir que una Iglesia que ha cometido tantos, tan variados y tan graves errores siga existiendo después de más de dos mil años. Creo, en verdad, que la *Ruah* ha estado presente en ella, por supuesto no en los abusos de la jerarquía, sino sosteniendo al pueblo y permitiendo que éste tenga, a través de los avatares de la vida cotidiana, una visión del resucitado más amplia, más humana y más trascendente que la que le ha presentado la Iglesia.

Aun a riesgo de parecer hereje, creo que la *Ruah* también ha estado en esa desobediencia del mismo pueblo ante dogmas anacrónicos y mandatos difíciles de sostener por estar fuera de la realidad, e incluso en el abandono de marejadas de católicos, que dejan la iglesia por predicar posturas asfixiantes. Estas ausencias han confrontado a la Iglesia en su quehacer y, por otra parte, han servido de criba para muchos creyentes sólo de palabra. Tal vez los que han abandonado la Iglesia sean los Luteros de nuestra época.

Entonces cabría preguntarse: ¿por qué si la Iglesia ha estado asistida por el Espíritu Santo no parece transformarse en algo mejor?

Pienso que Dios, Madre-Padre amoroso, interesado como todo buen progenitor en que sus hijos solucionen sus propios problemas para que maduren y se vuelvan independientes, no destruiría a la Iglesia —por muy mal que haya estado y que estuviera— con un rayo aniquilador, a la usanza de Zeus, sino que ha ido permitiendo que el Reino crezca como la hierba del campo, sin que nadie tome conciencia de cómo va sucediendo,<sup>2</sup> y ha alentado a diferentes personas e instituciones de buena voluntad para que, al luchar por la justicia y los demás valores del Evangelio, en cualquier ámbito de la humanidad, sean los profetas modernos que difundan la buena nueva.

<sup>2</sup> Mc 4, 26-34.

Gracias a estas católicas y católicos que viven su fe en alianza con el espíritu de Jesús, sigo viendo a la Iglesia católica como representación de Cristo en la tierra. Pero hay algo más: sigo en la Iglesia porque soy mujer. Las mujeres encarnamos la feminidad de Dios, ésa que vino a recalcar Jesús en un mundo donde la mujer, junto con los niños, eran considerados nada.

Esta feminidad nos hace amantes incondicionales, acogedoras, intuitivas, atentas a los signos de los tiempos; capaces de amasar en las actividades diarias, aun en las más humildes y monótonas, el fermento de la buena nueva de Jesús, que se convierte en pan de vida en lo cotidiano. Sobre todo, somos fieles hasta la cruz: luchar por las causas que parecen perdidas, estar en el lecho del hijo enfermo o moribundo, acompañar a los reclusos en las cárceles físicas o mentales, alentar a los fracasados y conmovernos con las necesidades ajenas es lo nuestro.

La Iglesia es madre y maestra,<sup>3</sup> pero en la actualidad y desde hace muchos años es una madre enferma, en terapia intensiva, cuyas enseñanzas no llegan a los oídos de las personas, no tocan el corazón de sus hijos e hijas. Esta madre necesita de manos firmes, amorosas y sabias que le ayuden a recuperar su salud.

### ¿NO SERÁN ESAS MANOS LAS DE LAS MUJERES?

Permanezco en la Iglesia católica porque creo, como mujer, que no es el momento de abandonarla, sino de poner a su servicio lo que soy y lo que tengo, desde mi trinchera, para hacer de la Iglesia lo que Jesús hubiera querido que fuera.

<sup>3</sup> Título de la carta encíclica de Juan XXIII: *Mater et Magistra*.

Aunque muchos todavía no lo quieran ver, la mujer ha tenido un papel protagónico en la historia de la humanidad y de la Iglesia, a pesar de que los hombres se hayan empeñado en borrarlo o en darle interpretaciones que sirven de marco al protagonismo masculino.

Jesús se encarnó en una mujer;<sup>4</sup> las mujeres lo siguieron y lo apoyaron con sus bienes durante su vida pública;<sup>5</sup> permanecieron al lado de la cruz<sup>6</sup> cuando sus apóstoles, hombres, lo abandonaron.<sup>7</sup> Fueron ellas, con María, la madre de Jesús a la cabeza, las primeras capaces de “mirar” y entender a Jesús resucitado, y las que se lanzaron a dar testimonio,<sup>8</sup> aunque por obvias razones esto no haya tenido la debida relevancia dentro de los escritos sagrados.

Las mujeres, a través de los tiempos, han seguido difundiendo el evangelio al enseñar a sus hijos las primeras oraciones; han alentado las vocaciones religiosas; han sostenido a sacerdotes en formación y han abierto sus casas para brindarles asilo cuando su misión así lo requiere. Son las que actualmente asisten a las iglesias a continuar la prédica de los curas y a apoyar sus ocurrencias, para bien o para mal; las que siguen bordando los manteles de los altares, cocinando las hostias y limpiando los enseres de la misa.

Mujeres, religiosas y laicas, son las que en muchos lugares del mundo católico, donde los curas no pueden o no quieren llegar, están ahí, presidiendo las paraliturgias para llevar al pueblo la semilla de la palabra que se deposita en los fértiles campos de la pobreza.

<sup>4</sup> Ga 4, 4-5.

<sup>5</sup> Lc 8, 1-2.

<sup>6</sup> Mt 27, 55.

<sup>7</sup> Mt 26, 56.

<sup>8</sup> Mc 16, 1-8.

Son muchas las mujeres religiosas que se esfuerzan en vivir el Evangelio mediante la ejecución de las tareas más simples, monótonas y ordinarias, como lo son las domésticas, en las casas de comunidades religiosas varoniles, para que los sacerdotes tengan el honroso papel de estudiar, predicar y pastorear al rebaño.

Otras congregaciones femeninas se esfuerzan por estudiar y prepararse a pesar de tener que llevar a cuestras su propio trabajo doméstico junto con el apostolado. En ellas no es bien visto que pidan ayuda para las labores de casa, ya que son mujeres y saben hacer esas tareas, además de que muchas veces no cuentan con recursos económicos suficientes para tener sirvientas.

Algunas otras religiosas han abandonado congregaciones que, siguiendo un evangelio mal entendido, resultan degradantes y hostiles para las mujeres, y han continuado su vida, bajo protesta silenciosa, sirviendo a Jesús y trabajando por el Reino.

Son las teólogas modernas las que están escribiendo con frescura sobre el Evangelio, aportando visiones femeninas de la palabra que nunca antes se habían considerado.

Son las mujeres laicas las que se han ido abriendo paso en las sociedades machistas y a pesar de ellas, para ir ganando derechos inherentes a la condición humana, pero negados por el simple hecho de ser mujer.

Son las mujeres las que se han atrevido a "pecar", siguiendo la rectoría de sus conciencias y al salirse del lugar que los hombres les han asignado; desobedeciendo "mandatos divinos" que van en contra de su salud o de su dignidad; atreviéndose a pisar terrenos de hombres, aunque ello les implique llevar a cuestras y al mismo tiempo el papel femenino y el masculino; denunciando todo tipo de violencias, aunque trasgredan el mal entendido mandato paulino de someterse a sus maridos.

Y, con esos “pecados”, las mujeres han ido cambiando la historia, y la han cambiado para bien en muchos sentidos.

Tal vez hoy, nuevamente, Dios nos esté pidiendo a las mujeres nuestro *sí* para encarnar una nueva Iglesia, y esto sólo es posible si permanecemos dentro de ella.

Creo que, aunado a esta petición, aparece como un signo de esperanza el pontificado de Jorge Mario Bergoglio, que a pesar de que no se ha pronunciado a favor del sacerdocio de las mujeres, ni les reconoce la autoridad moral para tomar decisiones, se ha atrevido a tocar algunos de los temas álgidos dentro de la Iglesia católica, como la corrupción, la pederastía, el celibato de los sacerdotes, y ha insistido en la vuelta a los orígenes en cuanto a la misericordia y la cercanía con los pobres.

Tal vez sólo sea cuestión de tiempo y de seguir en combate para que la Iglesia voltee a ver a las mujeres como iguales a los hombres en derechos y atienda sus necesidades.

Sabemos, porque ya lo hemos experimentado en cada una de las luchas emprendidas por y a favor de las mujeres, que la gestación de lo nuevo trae incomodidades, deformaciones, anchuras que requieren de mayores espacios, insomnios y necesidades; y en cada triunfo hemos confirmado que los dolores del parto son fuertes, que sigue habiendo espadas que atraviesan nuestros corazones,<sup>9</sup> que con todo y miedo deberemos permanecer fieles ante la cruz, pero que al final habremos de parir algo mucho más difícil todavía que un hijo: conciencia, que es el punto fundamental de todo cambio, de cualquier mejora.

Con el nacimiento de esta conciencia, las mujeres no entramos en cuarentena tranquilas porque hemos logrado algo a nuestro favor, sino que volvemos a quedar preñadas por el

<sup>9</sup> Lc 2, 35.

Espíritu que nos ha hecho cocreadoras con Él, para que cada niña o niño que parimos, cada conciencia que despertamos, salve a todos los integrantes de la humanidad, como lo hizo Jesús, pues ni duda cabe que cada lucha que han ganado las mujeres ha dado pie a logros que beneficiaron a otra parte de la población marginada y ha sido en favor hasta de los mismos hombres. Por ejemplo, en algunos países del mundo hoy se disfruta el derecho de los padres a pasar algunos días con sus hijos neonatos, con lo que, además de los beneficios para la mujer y el hijo, se reconoce la necesidad de los hombres de ejercer su derecho a una paternidad arraigada en una cercanía temprana y básica con sus hijos.

Aunque me pesa reconocerlo, presiento que muchas moriremos antes de poder disfrutar de los besos de estas nuevas conciencias en la Iglesia.

Si lograr que el derecho al voto de las mujeres norteamericanas fuera reconocido en 1920 por la Constitución de Estados Unidos, nación con trayectoria de liberalidad e innovación, tardó cincuenta y un años a partir de la consulta más antigua aprobada para el voto femenino en Wyoming en 1869,<sup>10</sup> ¿cómo pretender que la Iglesia, que tiene un largo camino de misoginia, reconozca en poco tiempo la autoridad moral de las mujeres, la igualdad con los varones, respetando las diferencias? ¿Cómo pensar que le otorgará a la mujer el rango jerárquico que le podría corresponder dentro de la Iglesia, si el arma más fuerte que sigue esgrimiendo en contra es la autoridad de una tradición surgida dentro del patriarcado, alimentada y sostenida por varones, basada en que Jesús eligió a hombres y no a mujeres como apóstoles,

<sup>10</sup> "Sufragismo y feminismo: la lucha por los derechos de la mujer 1789-1945. El auge del feminismo norteamericano", <<http://www.historiasiglo20.org/sufragismo/augefemusa.htm>>.

y en que el mismo hijo de Dios fue hombre y no mujer, con lo que habría dificultad para que el pueblo aceptara a las sacerdotisas, como imagen del Dios paterno que ha prevalecido durante tanto tiempo? Y, según la Iglesia, ¿quién podría oponerse a la sabiduría divina que así lo designó?

Detrás de los derechos de que hoy gozamos las mujeres, hubo generaciones de mujeres que lucharon sin disfrutar de los beneficios de sus luchas. No nos queda más que seguir trabajando.

Y Dios nos pide que este trabajo sea a la luz del Evangelio, siguiendo el Espíritu de Jesús que, amando a todos, se acercó especialmente a los débiles, a los ciegos, a los pobres, a los endemoniados que tenían miedo de la presencia de Dios, a los de carnes podridas, a los paralíticos, a los ortodoxos que se preocupaban por el camino y se olvidaban de la misericordia, y a los pecadores, a quienes nunca abandonó. No sólo se acercó, sino que permaneció entre ellos, y con ellos inauguró el Reino de Dios entre los hombres.

Creo que, en nuestra sociedad, la jerarquía constituida por sacerdotes y apadrinada por los laicos y laicas que están a favor del statu quo —sin importar a quién pisoteen, y que se oponen a ver también en la mujer la imagen de Dios vivo— son ciegos y sordos que se niegan a escuchar los reclamos por la justicia; son los paralizados de nuestro tiempo que no acaban de dar pasos firmes en favor de un cambio; son los fariseos que condenan los intentos sanadores de las mujeres, olvidando que la Iglesia se hizo para los hombres y las mujeres, y no las mujeres y los hombres para la Iglesia; son los que tienen miedo de perder la riqueza, el poder y el honor del que han gozado durante miles de años, ¿quién no tendría miedo de perder todo esto?!, y pactan con el maligno, que se empeña en fomentar la desigualdad, la separación, la injusticia; son los pecadores, a los que la misma enseñanza de

la Iglesia, siguiendo a Jesús, nos pide que acojamos a través de una de sus siete obras de caridad: “corregir al que yerra”.

En esta nueva gestación de una Iglesia, donde todos nos salvemos y lleguemos al conocimiento de la verdad,<sup>11</sup> pienso que Jesús permanece al lado de las mujeres, rezando para que no caigamos en la tentación de pretender llegar al reconocimiento de nuestros derechos aisladas de los varones, para luego pisotear nosotras los derechos de ellos, asumiendo la androginia como bandera. Para que no busquemos, con la soberbia bajo el brazo, iglesias donde nos den un protagonismo personal que apague la sed de justicia que hay en el fondo de todo sincero seguidor de Cristo, ni creemos iglesias de mujeres jerarcas por considerar que los hombres no nos merecen dentro de la Iglesia que ellos han construido a su favor.

Como universales que somos, las católicas no debemos darnos el lujo de despreciar a nadie ni de separarnos de nadie por equivocados que estén, mucho menos cuando ese abandono implica que la Iglesia siga atentando contra la universalidad al discriminar a las mujeres, como lo ha hecho hasta hoy, y apartándose del espíritu del Evangelio.

Ciertamente, la Iglesia católica con su cerrazón ante las realidades de nuestro mundo y ante el desconocimiento de ciertos derechos de las mujeres y de otros grupos a los que desacredita, nos ha llenado de escándalo, y lo primero que viene a la mente es apartarnos de ella como lo han hecho miles de católicos. Pero, tal vez, el Jesús que aún se hace presente en su Iglesia nos pregunte a las mujeres, como en otros tiempos a sus discípulos: “¿Acaso también ustedes quieren irse?”

Permanezco en la Iglesia porque soy católica por deseo y convicción. Jesús vino a traer fuego<sup>12</sup> a la tierra, Él mismo

<sup>11</sup> I Tim 2, 1-4.

<sup>12</sup> Lc 12, 49.

nos lo dijo, un fuego que purifica, que arrasa con lo viejo, con lo inservible; que permite crecer en terreno limpio nueva vida abundante para todas y todos; que llena de calor nuestros corazones para que acojamos a nuestra Iglesia y la transformemos en el árbol frondoso donde cualquier ave pueda hacer su nido,<sup>13</sup> convirtiéndola así en símbolo verdadero del Reino de Dios.

Sé que siendo mujer, Dios ha depositado en mí una llama de ese fuego, y en mi deseo de una mejor Iglesia y con el compromiso de trabajar en su transformación, le respondo al Señor: “¿A quién iré si sólo tú tienes palabras de vida eterna?

<sup>13</sup> Mt 13, 54-58.

**NO NACÍ, ME HICE CREYENTE:  
HISTORIA DE UNA CONVERSIÓN**

**Frida Varinia Ramos Koprivitza**



Que crea yo en Dios, de importancia carece...  
lo importante, de veras, es que Dios en mí crea...

Raymundo Ramos

**L**a clave de todo quizá la tenga mi abuela materna, sobre todo porque estuvo muy cerca de mí durante mis años de adolescencia, cuando empecé a observar las diferencias que teníamos en casa con el resto del mundo, cuando me cuestioné acerca de un sinnúmero de detalles que, sin duda, nos hacía una familia diferente o singular. Supongo que todas lo son, pero me refiero a aquello que tiene que ver con los usos y costumbres y, en particular, con las creencias religiosas, que más tarde mi abuela Carmen me explicaría un poco.

Lo primero que recuerdo fue una vez que hubo un temblor. Estábamos, para variar, con unos vecinos, en casa de mi amiga Etna. De pronto, sin darme cuenta, las personas se habían concentrado en el garaje y, como en automático, se hincaron y comenzaron a rezar, haciendo que la escena me sorprendiera más que el propio temblor. ¿Por qué rezaban? ¿A quién? Me fui a mi casa con esa duda. Tendría unos seis o siete años.

En otra oportunidad se acercaba la Navidad. Nosotros no hacíamos nada, únicamente íbamos a la casa de unos amigos de mis padres, quienes tenían todo decorado con el tema, no

había un solo espacio que no tuviera la presencia navideña. En esos primeros años de infancia realmente no sentíamos la diferencia, pero cuando inicié la primaria, entramos a un sistema educativo llamado “activo”. Una escuela maravillosa que, a ojos de los demás, no lo era tanto, pues otra de nuestras vecinas, cuando jugábamos con su hija, nos decía reiteradamente: “Claro, como ustedes van a una escuela que les permite hacer lo que quieran, en donde no creen en Dios, claro que no tienen límites, nadie les puede decir nada”. Yo no entendía realmente a qué se refería, pero desde ese momento registré la palabra “Dios”.

El problema se complicaba cuando cada año volvía el asunto ese de la Navidad. A mi amiguita Ana, la vecina de al lado, en esa fechas le daban muchos juguetes y regalos, las muñecas más caras y de moda, ¿por qué si no era su cumpleaños? Sólo era Navidad. Tal vez se nos hacía difícil de entender porque nadie nos explicaba bien a bien qué pasaba en esos días de fiesta colectiva.

Cierta vez, mi padre viajó a Alemania, y a su regreso nos trajo, a mi hermana y a mí, unas preciosas muñecas de cabellera rubia y sedosa. Como yo era la mayor, antes de que mi hermanita se pudiera dar cuenta, las guardé muy bien. Esto sucedió en octubre, y no fue sino hasta el 25 de diciembre, cuando todos los niños presumían sus obsequios, cuando saqué las famosas muñecas y las hice pasar como regalos de Navidad. Desde entonces empecé a tratar de parecerme a los demás, de ser como los que nos rodeaban, de compartir sus hábitos y sentir una sensación de pertenencia social.

Cuando ya tenía como nueve años, mi madre me dijo que no festejábamos en esas fechas el nacimiento de Jesús porque no éramos creyentes, luego entonces no éramos católicos, y por esa razón no poníamos árbol de Navidad y mucho menos poníamos un nacimiento con los Reyes Magos. De todos

modos, al siguiente año corté una vara suficientemente nutrida de nuestro jardín, la metí a la sala y la decoré como pude. Mi abuela Carmen me dijo que en Yugoslavia, de donde era mi abuelo, tenían esa costumbre de decorar, no con un pino tradicional sino con una pequeña y modesta rama. Seguí sin entender sobre el tema.

Mucho tiempo después, y sin afán de juzgar a mis padres, entendí que ese abuelo eslavo había educado a mi madre sin una religión específica, y al casarse con mi padre, ambos decidieron ser ateos, ligado esto a su convicción socialista de aquellos emblemáticos años de la década de 1960.

Mi atracción por las figuras religiosas, por los santos, por los instrumentos que —ahora sé—, son parte de la liturgia y el aire misterioso que se respira en los templos desde siempre, han causado en mí un efecto especial. A las iglesias íbamos muy seguido, no a misa, por supuesto, sino a visitarlas como lugares de arte, lugares culturales e históricos. A mis padres le daba por viajar cada fin de semana a distintas partes de la República mexicana. De pueblo en pueblo, viendo iglesias coloniales, pirámides y construcciones prehispánicas, mercados y demás expresiones populares.

Cuando entrábamos a una iglesia, sentía una magia singular. Por aquella época todavía se usaba que las mujeres y las niñas se cubrieran la cabeza con alguna mantilla en señal de respeto, eso me gustaba; otras veces mi hermana y yo entrábamos vestidas de pantalón corto y nos “miraban feo”, mientras mi madre observaba encantada con lujo de detalle los retablos, las pilas bautismales, los cuadros pintados al óleo, así como mi padre iba dejando constancia de todo fotografiándolo.

Entonces, para mí, de alguna manera la palabra *arte* y la palabra *religión* respondían a un sólo aprendizaje, que en aquel entonces estaba muy lejos de la doctrina y de su

fuerza moral. Ahora, al pensar en estos pasajes de mi vida, voy armando una especie de rompecabezas donde las piezas van encajando poco a poco, con un cuidado y un esmero que no sé si pueda explicar. Sobre todo, quiero explicarme a mí misma por qué soy como soy.

Las cosas que tenían que ver con las creencias las observaba con lupa, así me di cuenta de que las personas, al pasar frente a algún templo católico, o simplemente al entrar a una catedral o santuario, o ante alguna imagen o la del propio Cristo, se santiguaban, y esto se me grabó como una especie de obsesión.

Recuerdo que mi abuela Carmen me ponía agua bendita y que, a pesar de que ella misma trató de trascender las prácticas rituales de la Iglesia católica, me acercaba a estas formas que, cuando se es joven, marcan aún más. Carmen estudió el pensamiento metafísico y me acompañó en esa adolescencia a la que me referí antes, en mi búsqueda personal. A mí me fascinaba ver los retablos dorados como esa posible lección de los evangelios que, a través de un relieve, te van explicando las cosas. Me gustaba también ver, en las portadas de los conjuntos arquitectónicos, las esculturas trabajadas en cantera rosa.

Y haciendo una pequeña analogía, también piqué piedra al buscar no nada más en la religión católica; indagué en la filosofía del Corán, en el budismo zen, en las religiones orientales, en la mahometana, en la cosmovisión prehispánica. Toqué tantas puertas como pude, fui a la Gran Fraternidad Universal y a todos los lugares donde podría apagar esta sed tan grande, hasta que mi vida dio un giro de 180 grados, pues en plena juventud encontré en la escritura una forma de expresar mi gran deseo por lo que, hoy llamaría "vitalismo", es decir, ser positiva y reflejar aquello que nos da fuerza y promueve la energía del ser humano. De ahí salté claramente

al erotismo, pensando que ahí podría realizar un homenaje a la naturaleza, que desde la lectura de Walt Whitman me llevaría, sin lugar a dudas, a una especie de panteísmo, como lo expresa este fragmento:

Aquí está la idea, aquí está todo envuelto en esta pequeña esfera  
mística;  
de estos ojos burilados, que te arrojan sus destellos para que lo  
trasmitas a las edades futuras,  
para que lo lances y lo hagas girar oblicuamente a través del  
espacio,  
de ellos emana, para ti, quienquiera que seas, una mirada.<sup>1</sup>

Pero no fue nada fácil. Bien dicen que el que no conoce a Dios, dondequiera se anda hincando. Así, aun teniendo el privilegio de la palabra, además de haber estudiado y caminado de la mano del “conocer”, caí muchas veces y cometí errores, tuve desatinos y tristezas hasta llegar a identificar lo que el mismo Whitman dice: “La fe es el antiséptico del alma”.

¿Cómo superar entonces mi falta de fe? ¿Cómo creer si toda mi formación estaba anclada en lo más profundo del racionalismo, del pensamiento lógico e intelectual? Tuve que dejar atrás ese afán del escritor ególatra que utiliza el don que tiene para vanagloriarse, y descubrir —como en una revelación— la verdadera experiencia de lo sagrado, encontrar no en algo o en alguien aquello que emana del corazón, sino aquello que esconde el silencio, como dice María Zambrano, o como afirma con mayor exactitud Octavio Paz: “Abrir nuestro corazón o nuestras entrañas para que brote ese ‘otro’ escondido. La revelación, en el sentido de un don o gracia que viene del exterior, se transforma en un abrirse

<sup>1</sup> Walt Whitman, *Hojas de hierba*, México, Novaro, 1979, p. 517.

del hombre en sí mismo [...] Dios yace oculto en el corazón del hombre".<sup>2</sup>

Sentía que mucho de ese racionalismo y de esa constante búsqueda de la verdad científica se la debía a la formación de mi padre, sin darme cuenta de que ambos estábamos en la misma búsqueda, que habíamos llegado a la literatura por razones distintas, pero cuando leí su poema, una vez más las piezas del rompecabezas volvieron a acomodarse:

#### PRUEBA DE DIOS

Que crea yo en Dios, de importancia carece,  
soy un átomo feble, errante en la deriva,  
y en escribir al mundo toda mi ciencia estriba  
con mi pluma de caña, que sangra y obedece.

Lo importante, de veras, es que Dios en mí crea  
y se amerite en cosa tan pobre y sin sentido;  
que sus ojos Él ponga en ser tan carcomido,  
por la lepra del mundo; esa es la sola idea.  
Que exista o que no exista, no es algo de cuidado,  
porque si existe debe, como padre afligido,  
recibir al idiota que se le había ausentado.

Mas si el Padre no existe, nada se ha perdido.  
¿Quién es, en todo caso, quien ha de ser probado?  
¿El que todo lo puede? ¿O al que nada le es sido?<sup>3</sup>

Como no era suficiente la lectura reiterada de este hermoso soneto, mi padre Raymundo Ramos hizo una antología,

<sup>2</sup> Octavio Paz, *El arco y la lira*, México, FCE, 1972, p. 141.

<sup>3</sup> Raymundo Ramos, *Deíctico de poesía religiosa mexicana*, México, Lumen, 2003, p. 279.

*Deíctico de poesía religiosa mexicana*, editada por Lumen México. Ahí están los mejores poemas religiosos de nuestro país, no me cabe la menor duda, pero aún aquí, en este espacio sagrado para un literato, encontré más al historiador, al estudioso que al creyente. Tuve entonces, que armarme de valor y preguntarle directamente si creía o no en Dios. Me contestó: “Hay quienes parten de la idea de Dios como una gran certeza en su vida, y otros que, por el contrario, al no tener esta certeza, al estar llenos de dudas, lo andan buscando, no como un punto de partida, sino como punto de llegada”. Fue ahí, en ese preciso momento, cuando encajó otra de las piezas definitivas en mi entendimiento y me seguí de frente, buscando abiertamente lo que antes hacía de una forma casi clandestina y me di a la tarea de emprender mi propia y particular búsqueda.

#### LA BÚSQUEDA

Y andaré por camino anchuroso  
porque voy buscando tus preceptos.

Sal 119, 45.

A partir de ese momento empecé mi búsqueda abierta y personal de Dios. Retomé las enseñanzas de la abuela, que a la manera platónica me enseñó que lo primero son las ideas, que “pensar es crear”. Después de muchas lecturas, de darle un espacio propio al pensamiento mágico, de leer autores recomendados por mi madre, como Eliade o Jung; de leer a los rusos, a los franceses, a los latinoamericanos, de indagar por todas partes, decidí que debía inscribirme en alguna tradición, que no podía seguir picando en todos lados. Tenía que estar dentro de un, por así decirlo, discurso satisfactorio y coheren-

te; tenía que buscar los códigos, las señales claras para interpretarlas y no caer en un sincretismo o en una anarquía que me distrajera de mi deseo más ferviente: mi encuentro con Dios.

Empecé por lo más elemental, lo que para los educados en la fe católica resulta más fácil decodificar, esos elementos, esos símbolos propios del lenguaje judeocristiano, de la preponderancia del mundo occidental.

Cada descubrimiento era un nuevo aprendizaje: que si los sacramentos, que si los mandamientos, que si los votos, que si los pecados capitales y las virtudes. Había en todo aquello un gusto por lo nuevo, por acercarme a un idioma que no estaba viciado o prejuiciado y, sobre todo, algo fresco y distinto.

En un principio me ganaba la curiosidad intelectual, pero al paso del tiempo se volvió realmente una necesidad vital, una imperiosa necesidad de “entender” con los ojos del alma, con el corazón en la mano. ¿Qué sentido tenía adquirir la fe? ¿Cómo podría ser digna y cómo podría seguir sola este camino sin ninguna guía, sin estar en la Iglesia como institución formal y, más que nada, si esto era válido o no lo era? Lo único que fue constante fue la palabra, la palabra como revelación divina.

Volviendo a la filósofa María Zambrano, fue a través de su lectura como encontré la primera premisa fundamental, el *logos* de los griegos, que significa palabra, razón y creación, el *logos* donde está lo dicho, donde está la esencia del ser y, sobre todo, donde está mi refugio, mi conciliación y la respuesta a mis angustias existenciales. Otra vez la poesía, como acto creador, me llevó de la mano a despejar mis dudas.

Fue en la lectura de otro filósofo, Heidegger, donde vi con cierta claridad que la palabra nos daba la posibilidad de hablar, de decir. Implica el poder hablar y comunicarse con

los “otros”, dialogar, que el poder de la palabra nos lleva a oír y a ser escuchados, nos lleva al origen, como también la palabra encarnada nos lleva hacia el Ser superior y hacia un monólogo.

La palabra es la fórmula mágica, el lenguaje, el instrumento cultural por excelencia que nos permite hacernos la pregunta fundamental y fundacional del ser humano: ¿quién soy? Pero sabemos que en el puro ámbito filosófico, a veces, esta disciplina en lugar de dar respuestas nos deja más dudas, por eso había que seguir el camino que ya había iniciado, el de la intuición poética, el de la posible mística que me llevaría más rápido al encuentro tan anhelado.

A través de la palabra, de la poesía, de la mística, que aun en lo no dicho o en lo inefable, en lo invisible o metafísico este camino tomaba rumbo y sentido para mi vida, y entonces “comprendí”, más allá del propio entendimiento, que lo mío no era sólo vivir de la palabra desde lo profesional como un oficio humano, sino que para mí la palabra era un camino en sí misma, un camino para llegar a lo más sagrado, y que si seguía las pistas, las constantes señales, lo lograría algún día.

Abandoné entonces la soberbia y me percaté de que sí quería entregarme a un solo y único lenguaje de lo sagrado y que ese lenguaje estaba en las formas acuñadas por el cristianismo. Por lo menos en el credo inicial, en su lenguaje y en sus formas pastorales, a pesar de mi gran ignorancia y poco conocimiento de la fe.

Y emprendí el viaje sin retorno. Aquí es donde me siento acogida, donde mi asombro y azoro cobra vida, aquí Sor Juana y Santa Teresa son la inspiración y el aliciente, más allá de la lección escolar. Busco la identificación y la hermandad. Más allá de la institución eclesiástica, de su administración y sus protocolos, de los ministerios, he querido someterme a un solo credo, al que quiero pertenecer a pesar de mi origen

un tanto laico. He querido compenetrarme en la semántica de Cristo y darme a su llamado de forma libre y espontánea.

Al no tener acceso al catecismo, al no ser bautizada ni haber participado de ninguno de los sacramentos, parecería una locura querer adentrarme en un dogma, pero, a pesar de no haber recibido ninguno de los servicios pastorales, siempre hubo en mí una especie de vocación que en algún momento callé, en otro momento distraje, pero que en la madurez no pude sino escuchar. Oí mi voz interior e hice caso de tan claras y evidentes señales que me llevaron de la mano a ese llamado del que muchos hablan, el llamado de la fe.

#### LA LLAMADA

Ordéname que vaya a ti  
sobre las aguas. Y Cristo responde: ven.

Mc 2,14.

Después de darle tantas vueltas al asunto, después de quebrarme la cabeza analizando y cuestionando mi fe, supe que, lo mío era un llamado, es decir, que mi voluntad era secundaria y que más me valía hacer caso de todos los elementos que la vida me fue dando en estos años, para encontrar ese sentido que me hacía falta, para quitarme esa angustia que tanto me laceraba y poder, finalmente, escuchar esa voz interior que me llamaba constantemente. Es esa voz que te hace seguir un derrotero específico, guiada por la intuición y no por la razón, es una inteligencia superior que te orienta, que pone las cosas a tu alcance para que no te desvíes. Y, a pesar de que este "llamado" nunca dejó de estar ahí, muchas veces estuve sorda y otras tantas ciega a las señales que hoy son ya muy claras.

Primero eran revelaciones de tipo sobrenatural, en las que tenía visiones, anticipos de hechos que me permitían dominar muchas cosas, a diferencia de los demás. También presencié varios milagros alrededor de mi familia y amigos. Tuve la certeza de estar cerca de verdaderos ángeles custodiando mi vida en momentos cruciales. Ahuyenté a demonios y creencias que nos hacían daño, me acerqué a imágenes y a personas que, por el contrario, iluminaban todo a mi paso.

Llegaron a mi vida la virgen en llamas del Santuario de Ocotlán en Tlaxcala y san Antonio de Padua, que en todo momento y en toda petición, en toda plenitud y en toda carencia, me asistieron. A mi casa llegó también una enorme cruz, una obra artística realizada en vidrio, como un vitral monumental que, por un lado, representa la crucifixión, y por otro, la ascensión. Desde luego que no la busqué, pero ahora me doy cuenta de que si las cosas son para ti, simplemente llegan y se acomodan. Lo importante es saber leer el significado profundo, su simbología y el mensaje que quieren comunicar. Mi abuela Carmen tenía poco de haber muerto, y haber aceptado la cruz en mi casa y hacer una pequeña capilla personal fue para recordarla, pero también para conciliar mi credo, para recordar todo el tiempo que Cristo vino al mundo a darnos un ejemplo, y que si lo aceptaba en mi corazón ya estaba participando de su fe, de su dolor y de ese destino que lleva a la religión, es decir, a re-ligarte con el Ser superior.

## EL ENCUENTRO

Dios puso en nuestros labios  
la palabra de la reconciliación.

2. Cor 5,19.

¿Cómo imaginarse el encuentro con Dios? ¿Sabría identificar ese momento, sería único, especial, distinto? Realmente no lo sé, lo que sí creo saber es que el camino más directo hacia Él es el dolor. El dolor redime, y cuando, como vulgarmente se dice, “tocas fondo”, vas encontrando humildemente esa significación especial que te permite reconocer tus errores, quitarte la máscara y cerrar un poco los ojos al mundo.

Si bien es cierto que Dios nos dio la palabra precisamente para reconciliarnos con ese mundo que nos asedia, nos pone tentaciones o nos enajena, antes de reconciliarme tuve primero que retraerme, contraerme y alejarme de ese mundo, aunque a la postre haya que llegar a él y enfrentarlo, reconocer que hay que traducirlo en sociedades concretas que nos esperan, que nos aguardan en el diálogo y la comunicación mientras estemos en esta existencia. Pero para hacer todo eso, primero debemos recuperar el verbo, la palabra encarnada en un nuevo discurso de amor y reconciliación; debemos concentrarnos más allá de esa caverna de la que hablaba Platón, debemos sanarnos, de alguna u otra manera.

Y una vez más la palabra brotó como manantial que me vivificaba: fue en la escritura, en la forma en la que me despojé de “lo literario”, de todo lo aprendido, en el modo en que desanduve un camino fácil, abandoné la comodidad y dejé de repetirme a mí misma, donde encontré la ruptura de mis paradigmas para darme cuenta de lo más sencillo: que Dios estaba en mí, esperando que lo identificara, sin adornos, sin

soberbias, de la manera más sencilla y honesta; expresando todo lo que siento y pienso, sin prejuicios ni artificios.

Y así, una vez más lo encontré a través de la palabra, de la poesía; en pequeños momentos de felicidad lo encontré, en instantes místicos lo encontré, en pequeños indicios lo encontré, en lo inefable, en todo lo que escribí dejándome guiar, estaba la palabra divina, que llega a mí prestada para intentar aliviar el dolor, para alabar a Dios, para buscar paz y buscar lo justo.

Llega a mí y llega a ti con un propósito, por eso la palabra no es tuya; eres tan solo el emisario que viene a dar las buenas nuevas. Y ahí estoy, frente a una experiencia que quizá me permita encontrar en el lenguaje judeocristiano el lenguaje universal, la piedad y la misericordia, que me permita ser auténtica y que, ojalá, sea como dicen las Escrituras: que a los discípulos de Cristo se les ha regalado la comunidad con la cruz mediante la llamada al seguimiento. En esta comunidad visible son bienaventurados.

## LA CONFESIÓN

Cuando exhorto a la confesión, lo único que hago es exhortar a ser cristiano.

Lutero

Desafortunadamente, cualquiera que conozca mi caso pensará que no puedo tener acceso a una conversión del mundo pagano a la religión católica porque no logro reunir los requisitos. Ni siquiera estoy bautizada.

Dicen los que saben que para que el pecador forme parte de la Iglesia, debe ser exhortado y castigado para que no se condene ni haga mal uso del Evangelio, y que por eso sólo

puede recibir la gracia del bautismo el que hace penitencia y confiesa su fe en Jesucristo.

Del mismo modo, sólo puede recibir la gracia de la eucaristía el que sabe discernir entre el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Cristo, dados por el perdón de los pecados.

También dicen que se debe hacer un examen en materia de fe y una confesión, mediante la cual el aspirante busca ser perdonado. Todo esto para mí es muy difícil, pues a pesar de saber a ciencia cierta que he cometido infinidad de errores y malos actos, no tengo introyectado en mí el concepto de pecado. Confieso, entonces, que quizá sólo sea un problema de lenguaje. Así llego a una gran contradicción; por una parte confieso haber sido seducida por el lenguaje del cristianismo, que he quedado arrobada por la carga simbólica que conlleva y que representa el universo de una filosofía moral que permite al ser humano, entre otras cosas, convivir en el mundo y tener acceso al otro mundo, al espiritual e inmaterial.

Admito que en mi confusión hay un anhelo por llegar hasta el final, que —como diría Manuel Gálvez— me acoge un “mal metafísico”; que mi nostalgia y gusto romántico por lo sagrado me ha llevado a mi deseo, cada vez más fuerte, de querer convertirme, ser católica y pertenecer, como si al no sentir esta pertenencia estuviera en una posición de extranjera, ajena a mí misma.

Confieso que esta necesidad de pertenencia primero fue el deseo de ser como los demás, de integrarme y, camaleónicamente, involucrarme en el contexto social al que creía pertenecer. Después quise entrar en distintos círculos, de iniciados, de artistas, de filósofos, en fin, hasta que me di cuenta de que lo único que importa es la integración con uno mismo y con la divinidad; más allá de la persona y de la máscara, más allá del espejo y la historia de vida.

Fue así como decidí que sería en la Biblia y la tradición cultural occidental donde buscaría las respuestas, que era lo que más entendía en términos de un lenguaje común, pero no sé si esto sea suficiente, no sé si siga siendo sólo una pagana con aspiraciones extrañas y fantasiosas.

Lejos de las formas litúrgicas del “confesionario”, María Zambrano define muy bien la confesión, esa desesperación de sí mismo, huida de sí en espera de hallarse: “Desesperación por sentirse obscuro e incompleto y afán de encontrar la unidad. Esperanza de encontrar esa unidad que hace salir de sí buscando algo que lo recoja, algo donde reconocerse, donde encontrarse. Por eso la confesión supone una esperanza: la de algo más allá de la vida individual, algo así como la creencia”.<sup>4</sup>

Otra cita obligada en este tema son las palabras de San Agustín, quien decía que el hombre es el único ser que no está conforme con su realidad. Nos sentimos como seres desprendidos, a medio nacer y a medio encajar en una realidad presentida que buscamos. Ese presentir, esa melancolía de la que han hablado muchos teólogos y filósofos, es ese llamado a la unidad que yo he sentido. La confesión es, entonces, el primer paso hacia sí mismo, decirse a uno mismo, a una misma, que hay esta enorme necesidad de superar un dolor del alma, una ansiedad por encontrar la paz anhelada, un poder encontrar la transformación interior a partir de un examen de conciencia, pero como todo en la vida, cuando no se tiene un método específico, es decir, cuando no se tiene el camino —aunque el camino se hace al andar, como dicen los poetas—, es más difícil identificar el horizonte, el destino del hombre.

<sup>4</sup> María Zambrano, *La confesión: género literario*, Madrid, Siruela, 2004, p. 35.

Para mí la literatura y la filosofía se convirtieron en el camino, un camino que encontré por la influencia de mis padres, que a pesar de no haberme dado un dogma específico, me permitieron buscarlo, y dejarme convencer y persuadir por interlocutores tan amados como los libros, en las miles de páginas que precedieron a mi búsqueda existencial.

El lenguaje de las formas artísticas, de los símbolos, de la armonía, lo aprendí de la mirada de mi madre; el lenguaje literario, que a su vez está dentro de otro, el ordinario, ese metalenguaje, la ficción, la metáfora y su sonido musical lo aprendí de mi padre. Vivo así entre los muros de una cultura libresca y ahí, en ese universo de espléndidas madonas como las de Leonardo da Vinci, ahí, en medio de análisis lingüísticos tan doctos de Umberto Eco sobre la comunicación humana, está mi deseo imperante de un lenguaje que reúna todo, que me dé las respuestas exactas a mi sentimientos.

La poesía me llevó de la mano a la filosofía, y ésta, sin escalas, al sentimiento religioso, a la búsqueda de la esencia como lo hizo magistralmente el filósofo alemán Martin Heidegger, quien dice que en el origen de la obra de arte está dado, al concebir la obra de arte como símbolo. Alegoría y símbolo son el marco de referencia de representaciones en las cuales se tipifica el arte, previsto o descrito dentro de un lenguaje, de un discurso que dice, simbólicamente, nuevas y múltiples realidades más allá de sus referencias inmediatas en la realidad histórica.

Lo poético y lo filosófico, temas que me acotan en lo profesional y en la vida, comparten este universo simbólico y preocupaciones muy importantes que han sido inspiración de poetas y artistas, temas de reflexión, como los conceptos de lo divino, lo sagrado, lo profano y lo erótico. Todos estos lenguajes creados por el ser humano son, desde el punto de vista de Heidegger, "figuraciones de la verdad que se expresan

mediante la forma"; en pocas palabras, nos dice que la verdad no sólo es propiedad del conocimiento que se enuncia, sino una propiedad del ser mismo.<sup>5</sup>

En la creación poética y en el sentimiento religioso sucede lo mismo, hay una ausencia y una presencia, silencio previo y expresión de la palabra, una especie de verbo encarnado, una fuerza de la palabra que acerca esta necesidad de enfrentar estos dos procesos "sublimes", a la manera de un espejo: éxtasis y clímax, sentimientos religiosos, eróticos, poéticos y filosóficos. Todo esto es lo que genera la fuerza de la palabra, porque el mundo no es, a decir verdad, un conjunto de cosas, sino de signos, el mundo es en la medida en que se le nombra, como dice Adriana Yáñez: "El poder de la palabra es algo que hemos olvidado, como hemos olvidado también la fuerza de la palabra y la reflexión. La palabra, el lenguaje son mágicos, cambian la realidad".<sup>6</sup> La palabra religiosa, entonces, es base y fundamento de la realidad misma, y a esa palabra es a la que aspira el poeta y el hombre que busca la fe, que busca detrás de lo banal e insulso, la trascendencia y la plenitud. ¿Será válido acercarse a Dios por estos caminos? ¿En cada artista hay también un posible seguidor de Dios? ¿Por fórmulas distintas, por devociones distintas?

<sup>5</sup> Martin Heidegger, *Arte y poesía*, México, FCE, 1973, p. 6.

<sup>6</sup> Adriana Yáñez, *Los románticos: nuestros contemporáneos*, México, Alianza, 1993, p. 17.

## EL MILAGRO

Y cuanto más predicaba San Antonio,  
más crecía la multitud de peces...

A. Salvini

Entonces San Antonio, viendo en los peces tantas reverencias hacia Dios, su Creador, se alegró en cuerpo y espíritu, y dijo en alta voz: Bendito sea el eterno Dios, que más lo honran los peces que los hombres, y mejor escuchan sus palabras los animales irracionales que los hombres infieles. Y cuanto más predicaba San Antonio, más crecía la multitud de peces, y ninguno se marchaba del lugar que había ocupado.<sup>7</sup>

Ésta es una cita que hace referencia a uno de los miles de milagros que se le atribuyen a San Antonio, a quien —dicho sea de paso— se le canonizó, más que por milagros sobrenaturales, por su capacidad de persuadir con su discurso a los infieles o a los herejes hacia el cristianismo. Fue muy famoso por esa extraordinaria habilidad para convencerlos de que adoptaran la palabra del Evangelio. Su carisma lo llevó a ser, además, muy querido entre la feligresía. Un milagro puede ser, según esta experiencia, desde algo totalmente fuera de este mundo, hasta algo que, dentro de las posibilidades humanas, permita cierta transformación, como lo logró la palabra, la elocuencia de San Antonio. Para mí este santo ha sido una revelación que ha logrado en mi vida el milagro, pues su discurso me ha “convencido y convertido”.

Cuando investigué que mi abuela Carmen era devota de San Antonio, entre otras cosas porque era el santo patrono de su pueblo de origen y porque además salvó a su padre

<sup>7</sup> Alfonso Salvini, *San Antonio de Padua*, San Pablo, 2001, p. 109.

de morir ejecutado en la Revolución mexicana, la cosa cambió. Fui al diccionario y, efectivamente, un milagro es aquel suceso que ocurre contra las leyes de la naturaleza, de la lógica, y que se realiza por intervención de la divinidad.

Muchas personas, para consolidar su fe, piden un milagro, pero cuando te das cuenta de que ni siquiera andas buscando ese hecho extraordinario y, aun así, ya eres fruto y parte de un milagro, ¿cómo no consolidar tu creencia y tu fe? Asimismo, recupero las palabras de Wittgenstein: “Creer en Dios significa entender la cuestión acerca del sentido de la vida. Creer en Dios significa ver que los hechos del mundo no lo explican todo. Creer en Dios significa ver que la vida tiene un sentido”.<sup>8</sup> A partir de estas premisas tan sencillas, y de que el ámbito en el que me desenvuelvo es un espacio de naturaleza simbólica —es decir, que trabajo a través de un universo inscrito en un pensamiento prelógico, intuitivo y mágico—, no puedo menos que identificarme con esta atmósfera sagrada.

Al estudiar la literatura fantástica y la literatura romántica descubrí este aspecto insólito que lleva en su raíz la creencia del milagro. Finalmente, lo fantástico está cifrado en aquello extraordinario que rompe con la lógica, con la razón, y que al no haber una respuesta satisfactoria o científica y quedarse en la vacilación o la ambigüedad, se convierte en un hecho fantástico. Cuando esto mismo ocurre, desde el punto de vista de la psicología se le denomina deliro o locura, y en el ámbito religioso, milagro.

El milagro tiene que ver más con una forma de lectura de la realidad que con la desafiante visión de los hechos. Para mí es válido cuando es directamente proporcional a

<sup>8</sup> Ramón Xirau, *Cinco filósofos y lo sagrado*, México, Colmex, 1999, p. 74.

tu fe y tu confianza. Buscado o no, con mi aceptación, con mi deseo ferviente ¿puedo validar un milagro? Tantas preguntas quedan en el aire que, en lugar de desanimarme, me comprometen más; me dan deseos de buscar cierta purificación que me permita desaprender vicios y prejuicios y adquirir y valorar tantas virtudes no consideradas en mi formación ética.

Ser devota de San Antonio me reivindica y me redime, me da destino, pues, como él, la persuasión y la elocuencia son al mismo tiempo el fin y el medio de mi vida. Mi escritura, entonces, tendrá un doble propósito, el de la búsqueda de la belleza y la sanación. No sé si lo lograré, pero la intencionalidad, la religiosidad con que lo haga, valdrá doblemente la pena.

Si lo sagrado, definido por Rudolf Otto, es un misterio tremendo que produce estupor al ser impenetrable por la razón, la actitud religiosa será imposible de reducir al pensamiento racional o lógico. De alguna manera, responde a la actitud literaria, sobre todo cuando intenta recrear este universo misterioso donde se acerca a las mismas búsquedas de un ser religioso, es decir, es susceptible de empujar a la esfera del sentimiento, de la experiencia del "Dios sensible al corazón", como decía Pascal, el misterio que atemoriza lo mismo que fascina.

La cercanía de lo sagrado hace temblar, estremecer al hombre, pero al mismo tiempo lo atrae, lo seduce y lo cautiva. Cualesquiera de estos sentimientos son motivaciones creativas y desarrolladas de diferente manera; mientras que el religioso establece una especie de comunión en función de una sustancia divina, el artista pretende elaborar una comunión con las formas del lenguaje.

Así como los sentimientos promovidos por el miedo, lo intocable (tabú), lo que en un momento determinado podría

desencadenar los más terribles males, también lo desconocido o inexplicable causa efectos parecidos en quienes emprenden una búsqueda estética o mística. Estos sentimientos provocados por hechicería, fantasmas o incluso por milagros, motivaron expresiones artísticas, fantásticas o románticas, pero mientras la religión pretende ceder a un ser superior o a una causa última los efectos de su extrañeza, la literatura —especialmente la fantástica— se limita a desconcertar y a dejar una posible respuesta al lector, haciendo que éste participe de un hecho con matices religiosos en un contexto profano.

Podemos decir, entonces, que los elementos de tipo simbólico son ingredientes que contribuyen a la búsqueda de los orígenes profanos, en el caso del arte y la literatura, y de los orígenes de lo sagrado cuando se trata de religión o creencia.

Finalmente, vemos cómo la necesidad de expresar un culto permitió, desde tiempos muy remotos, conciliar religión y literatura; baste recordar las escrituras sagradas, como la Biblia, el Corán, el Tao-Te-King.

Para mí, en este proceso, el camino hacia la divinidad procede de una cultura libresca, de la literatura y del arte; sin embargo, no fue sino el camino de la intuición, de la guía mágica, el que me permitió identificar que no todo estaba dicho en el discurso racional, que no todo lo puede la ciencia, que el ser humano es un ser integral que depende de todos los aspectos y que el espiritual es tan importante como cualquier otro. Hay que vivir bajo la conciencia de un ser superior al hombre, dejar de ser tan antropocéntricos, ver un poco más allá de la creación humana y darle el beneficio de la duda a la propia naturaleza y a la gran creación divina, que es y seguirá siendo un misterio.

## EPÍLOGO

Después de tanto tiempo en esta búsqueda personal y un tanto confusa, después de caminar mi pequeño viacrucis —si es que así se le puede llamar—, he sacado en claro varios puntos. Por un lado, agradezco mi destino, lo que he sido y cómo ha sido, porque éstas y no otras son las condiciones que mi historia ha tenido y que he podido enfrentar para ser quien soy. Esto, a su vez, me da una sana resignación para no especular con lo que pudo haber sido y no fue. Celebro a mis ancestros y mi origen, en la medida de mi aceptación individual. Asimismo, acepto que los senderos de mi búsqueda son así, diferentes y particulares, que no me hacen ni mejor ni peor que otros, sólo distinta. Acepto que mi deseo de encontrar a Dios viene de la mano de una gran vocación que encontré muy temprano en mi vida, que es una bendición: comunicarme mediante la palabra y con el hilar fino y el doble filo de la metáfora, que es toda una responsabilidad, más allá de la vanagloria de los hombres y su sociedad, una responsabilidad de índole sagrada y que, de aquí en adelante, tendré más cuidado al ejercerla. Acepto que una misión de este tipo trae consigo un peso que modifica mis conceptos: de vida, del mundo, del arte y de la poesía.

En relación con mi conversión, quizá no baste mi voluntad, quizás aún no esté preparada, pero cuando escuché el llamado a las mujeres católicas de mi país, quise ordenar estos pensamientos que, sin llegar a atormentarme, me han ocupado y que en la madurez requieren de estas posibles respuestas que yacían latentes dentro de mí.

Debatirse entre lo sagrado y lo profano no es novedad para nadie, ni querer ser parte de una comunidad eclesial —no sé cómo adjetivarlo—, pero en todo caso eso no es lo importante. Tal vez por eso no puedo contestar a la pregunta:

¿por qué seguir siendo católica? Pero quiero pensar en voz alta y compartir mi sentir al respecto, como mujer librepensadora. Claro que no estoy de acuerdo con esa visión que se ha tenido de la mujer dentro de las leyes y normas de la Iglesia católica. Tal vez entiendo el proceso histórico y las razones de poder y control por las que se instala el patriarcado y el pensamiento occidental preponderante, pero frente a ese monstruo que significa recodificar la línea vertical y autoritaria que, sin duda, representa el papado y su jerarquización masculina, deseo compartir esta última reflexión.

Así, de manera libre y quizá romántica, pienso que, al igual que Platón en un momento determinado despreció a los poetas y los desterró de su República, no lo hizo precisamente porque los descalificara del todo, sino porque, en el fondo, les tenía miedo; temía que con su sabiduría mágica y poética, con la fuerza de la palabra y su poder, desorganizaran su universo. Es decir, a los poetas se les relega, no porque no valgan, sino porque representan un poder al que no se le puede contener en una organización manipuladora del mundo. De igual manera, me parece que en el ámbito de la religión católica y cristiana, la mujer ocupa el papel de los poetas en Platón, esto es, es tal el poder de la mujer en la creación de la naturaleza, que en una organización manipuladora y poderosa como la estructura de esta Iglesia, toda la fuerza femenina, su naturaleza, su intuición, formas y maneras de enfrentar la vida, de darla, de concebirla y de vivirla, rebasa toda organización política, social y religiosa. Esto, por supuesto, no es para justificar una injusticia, sino para describirla. Baste recordar en la historia de las cosmogonías, de las mitologías, que el espíritu femenino está plenamente identificado con la luna y todos sus poderes, y que detrás de la representación simbólica de la Virgen María está, por ejemplo, la diosa Isis, o las diosas griegas y romanas,

que significan todo lo relacionado con la fertilidad y, por supuesto, con la sabiduría.

Robert Graves, en *La diosa blanca*, afirma al final de su largo estudio sobre el carácter simbólico de la mujer que: “el real poeta distingue entre la diosa como se manifiesta en el poder supremo, la gloria, la sabiduría y el amor de la mujer, y la mujer individual de la que la diosa puede hacer su instrumento”.<sup>9</sup>

Se preguntarán, entonces, por qué una mujer que nació libre quiere ser católica. Tal vez porque la palabra católico implica lo universal, integrarse a esa totalidad, a ese lenguaje común que ha permitido, más allá de la torre de Babel de los idiomas, entrar en cierta comunión a buena parte de la humanidad. Cómo ya expliqué, hay en mí un llamado y una vocación que deseo se convierta en devoción y regresar a las primeras especulaciones de mi juventud, cuando pensaba con gran fuerza y convicción que el ser espiritual que habita en las personas, el alma misma de los seres, es asexual o neutro, por llamarlo de alguna manera; que la lucha de género nos pertenece a todos en la sociedad y en un contexto histórico específico; que debemos defender los derechos humanos, y en particular los de las mujeres, pues la historia nos debe muchos de ellos. Pero en el campo de la espiritualidad son otros los aspectos que entran en juego.

Creo que la vida religiosa de cada persona es lo más íntimo y que no deberíamos abrirla a cualquiera, porque precisamente esta acción de religarse con Dios es individual, indivisible, intransferible, y es una de las experiencias más reservadas. Por esa razón, andar “evangelizando” a las personas no es del todo correcto. Cada quien, tarde o temprano,

<sup>9</sup> Robert Graves, *La diosa blanca. Historia comparada del mito poético*, Buenos Aires, Losada, 1970, pp. 639-640.

encuentra las puertas de acceso a esa intimidad sagrada y trascendente. Esto no quiere decir que tengamos una especie de ambigüedad o doble cara. Para mí queda muy claro que uno es el ámbito de lo público y otro el de lo privado. En el primero debemos pugnar por una actitud ética, por el bien común, por lo social y por lo colectivo; y en lo privado, buscar individualmente, sí así lo desea cada quien, a ese Ser superior que no tiene cabida ni siquiera en lo psicológico, que está más allá del ego personal, que se debe a una vida totalmente impersonal que únicamente se establece en el ámbito sagrado y religioso, y que ahora trato de compartir, muy a mi pesar, pues es como desnudar el alma hasta lo más profundo. Y únicamente por esta ocasión abro mi corazón, dejando a un lado los temores y mi sentir vulnerable, para mostrarme tal cual soy, sin ningún disfraz y, sobre todo, sin ninguna careta intelectual.

Una cosa son las reglas de la Iglesia católica apostólica y romana, y otra cosa la posibilidad de compartir la “oferta” de su fe, una fe que se ha metido en los huesos de nuestra sociedad, de nuestra vida, por dos mil años, luego de codificar y recodificar una serie de símbolos que nos marcan, que llevamos en la piel como un tatuaje difícilmente borrable, un flagelo que marca a quienes están dentro, a partir de su tradición, y un estigma para quienes están fuera.

De alguna manera, hay quienes nacen con la certidumbre de que Dios sí existe; otros, que aún así, lo negaron diciendo que ha muerto, y otros, casi la mayoría, que lo andan buscando. Entre estos últimos me inscribo y sólo me atrevo a compartir parte de este rumbo, de esta ruta con ciertos tramos iluminados, como lo es una vida, una historia como la mía, y a lo mejor en estos versos expreso con mayor claridad mi sentir:

Yo Soy

En el temple de mi corazón  
habita un Yo dormido  
es impersonal pero no ausente  
está en mí aunque yo en Él no pueda estar aún

Yo Soy desde la otra orilla  
y no importa nombre ni identidad  
sólo la casa del Ser  
en el verbo encarnado

La palabra: el origen y el pozo  
memoria universal  
que no es historia  
que no me pertenece  
única y total  
El Uno y el Todo en el que me confundo  
no es un tiempo  
mucho menos la nada en el vacío  
es por el contrario  
lo que Soy y lo que poseo  
el siempre frente al nunca  
más allá del horizonte  
la otra existencia  
más allá de la célula que persiste

Yo-arena predecible  
en mí, Dios  
la vida verdadera  
que se conjuga de otra manera  
en los estigmas de la carne  
en la herida que se recuerda

Más allá de ti y de mí  
Yo Soy cuando soy luz  
cuando soy un continente sin límites  
y el mar es tierra  
y el diluvio la desesperación de las estrellas.



SOY CATÓLICA PORQUE  
LA FE EN ESTA RELIGIÓN  
ES LO QUE MI MADRE Y MI  
PADRE SÍ PUDIERON DARME

**Lourdes Raymundo Sabino**



**E**n efecto, “[l]a Iglesia católica no nos reconoce a las mujeres la autoridad moral para tomar decisiones [prácticamente en ningún ámbito de la vida], ni nos permite ser sacerdotes...” o sacerdotisas. Entonces, ¿por qué sigo siendo católica? Intentar dar respuesta a esta pregunta me parece en sí mismo un proceso profundo y complicado, pero trataré de explicitar los motivos que me han llevado a considerarme católica, a partir de mi historia de vida, ya que es sólo en ella como puedo encontrar mi propia contestación. De igual forma, daré mis motivos personales respecto a lo que me mantiene en la Iglesia, pues intentar contestar eso es aún más complejo y no pretendo que mi experiencia se lea como una generalización.



¿Por qué sigo siendo católica? Es una pregunta muy interesante y he de confesar que me ha acechado en múltiples ocasiones, y por diversas confusiones más que razones había rehuído contestarla o, por lo menos, detenerme a pensar en ella. Sin embargo, con todos los cuestionamientos y miedos que implica para mí directamente responder esta pregunta, quiero intentarlo.



Ana Fernanda es un nombre que me hubiera gustado tener, aunque no me disgusta mi nombre real. Soy una mujer de veintisiete años de edad, originaria de una comunidad indígena tlahuica del Estado de México, y me encuentro en búsqueda de empleo luego de haber terminado una maestría que inicié al no encontrar trabajo cuando terminé los estudios de licenciatura. Me considero católica debido a los principios que mi familia me ha inculcado desde siempre. También me asumo como feminista, ¿es contradictorio? Seguramente, pero ¿qué no lo es? Me parece que, como muestra de las contradicciones que nos vamos encontrando en la vida, surgen las interrogantes que enmarcan el objetivo de la convocatoria a la que hoy atiendo, y es en estas condiciones generales desde las cuales elaboraré mis respuestas.



Me considero católica por los principios y valores que mi familia trató de inculcarme desde mi niñez, lo que no está separado de las normas bajo las cuales crecí o debí crecer en mi comunidad. Haber nacido mujer y vivir con mi familia en mi comunidad me llevó directamente a acatar determinadas formas de comportamiento, dentro y fuera de la casa de mi padre.

Soy la hija número seis de un total de once hija/os de mi madre y mi padre, pero no todas ni todos vivimos, dos de mis hermanos que serían mayores y una hermana que sería menor que yo, murieron. No recuerdo haber conocido ni convivido con mis abuelas ni con mis abuelos, pero mi mamá me ha contado que aún no morían cuando yo nací.

Recuerdo que, desde que era niña, mi padre le prohibía salir a mi mamá y también a nosotras, sus hijas. A mis hermanos tampoco los dejaba salir mucho de la casa, pero

salían. Lo que tampoco olvido es que mi padre toda la vida nos gritó, regañó, insultó y golpeó; tanto a mi mamá como a mis hermanas, hermanos y a mí. Tengo pocos recuerdos de mi padre sobrio. No sé a dónde iba, pero no siempre lo veía, y cuando estaba en la casa, su casa, como él nos lo reiteraba, la mayoría de las veces estaba borracho y aprovechaba estos momentos para humillarnos.

Hoy puedo entender que detrás de las prohibiciones, regaños, golpes y, en menor medida, consejos, sobre todo de mi padre, había implícito un discurso religioso desde el cual se me exigía siempre ser “buena hija”, “buena hermana” y “buena mujer”; cuyo contenido de fondo, considerando mi contexto, hacía referencia a que, por ser mujer, siempre debía estar disponible para servir a los demás. No obstante, pese a esta función de servicio y de compañía que se me exigía cumplir —no sólo en mi niñez, sino para siempre—, desde hace ya diez años dejé de vivir con mi familia y me fui de mi pueblo. Esto no significó que dejara de practicar algunos rituales que envuelven la religión católica, como el ir a misa.

Sigo siendo católica no porque asuma sin cuestionar la religión y los principios católicos con los cuales crecí, sino porque, a pesar del daño que mi padre y otras personas me han hecho —y que yo he aceptado por sus amenazas supuestamente fundamentadas en que debía ser buena con todos y así estar bien ante los ojos de Dios—, tengo fe en algo que considero superior y que me ha ayudado a vivir. Por lo tanto, no creo en la Iglesia católica ni en lo que profesa, y menos aún creo en sus autollamados “representantes”. Mi fe, que puedo nombrar como católica, descansa en Dios, una deidad que sobrepasa lo que se puede considerar humano. Creo en Dios, pero lo pienso como una deidad en abstracto, lo que no significa que venero a un Dios pensado en lo que en la tierra se entiende como masculino.

Entonces, me considero creyente en un Dios y en santas y santos que están envueltos en el catolicismo, pero no quiere decir que tenga una fe ciega y sumisa ante la religión católica o ante sus supuestos representantes.



En más de una ocasión, desde mi niñez, a solas en la casa de mi padre, he cuestionado a Dios por la infinita bondad que le adjudican. Le he dicho con gritos ahogados, le he preguntado con el pensamiento y hasta en mis sueños que si él es tan bueno y poderoso, ¿por qué no hacía de mi padre una buena persona? ¿Por qué mi papá nos hacía daño? ¿Por qué no podíamos vivir tranquilas/os y tener siempre qué comer? ¿Por qué no teníamos permiso de mi padre para jugar y por qué mi mamá no podía salir? ¿Por qué mi padre no nos dejaba estudiar?, ¿por qué él no se acordaba de cuándo era nuestro cumpleaños y por qué no nos festejaba? ¿Por qué, cuando caíamos, mi padre se acercaba a nosotras/os no para consolarnos, sino para golpearnos más, “para que se nos quitara lo pendejo”?

He preguntado a Dios sobre éstas y muchas otras situaciones. Particularmente, durante varios años se convirtió en una especie de tormento constante para mí pensar en por qué ni mi mamá ni mi papá me decían “te quiero”. Sobre todo, siempre esperé escuchar estas palabras de mi padre, pues para él era evidente que yo “no valía nada”, y que por ser mujer era yo “una mierda”, como me lo repitió tantas veces. Hasta la fecha, ni ella ni él me han dicho “te quiero”, aunque de él ya no lo espero, y si bien mi madre no me lo dice, me lo demuestra.

Aunque Dios no me ha dado respuestas explícitas ni puntuales —o no las he visto—, sigo cuestionándolo, aunque

no pienso que Él, maliciosamente, me haya destinado a vivir bajo éstos y otros tipos de violencia. Pienso que hay posibilidades de que el comportamiento de mi padre y el que demandaba de mí, de mi madre, de mis hermanas y de mis hermanos estén relacionados con supuestos de la religión católica, pero no culpo a Dios de ello, por el contrario, pienso que gracias a mi fe en Él es como he podido seguir adelante, y no como se dice: "poniendo la otra mejilla", sino reflexionando y tratando de encontrar sentido a lo que pasa.

Explicar las maneras en que la fe en Dios y en algunos santas y santos me ha ayudado a salir adelante es muy difícil y no creo lograrlo, pero permítaseme remitirlos a ciertas experiencias en particular en las que me sentí auxiliada por esta fe.

En mi opinión, la casa de mi padre no tiene mayor estética ni gran lógica de construcción. Tenía dos cuartos en hileras y una cocina al lado con la que se formaba una escuadra. Sobre los cuartos hay otras dos habitaciones; en una de ellas dormían mi madre, mi padre y el o la bebé de que se tratara en cada momento. En la otra dormía una de mis hermanas, y abajo, en el cuarto junto a la cocina, dormíamos una de mis hermanas, uno de mis hermanos y yo. En el patio había una pileta para almacenar agua, un baño y un escusado, y al final del patio, otros dos cuartos, en uno de los cuales dormía otro de mis hermanos. Si hacemos cuentas, no sumamos el total de hermanas y hermanos vivos, porque no todas/os vivieron ahí siempre.

En el cuarto restante del final del patio, mi papá y mi mamá tenían un altar que ocupaba prácticamente una pared, repleta de cuadros e imágenes religiosas que compraban en las ferias o que les regalaban algunas/os vecinas/os. Tanto mi mamá como mi papá se encargaban de que diario, a menos que no hubiera dinero, alguno de nosotras/os fuera a

comprar una veladora para prenderla cada noche en el altar. A veces teníamos que ir a encenderla ya entrada la noche; otras, mamá o papá nos acompañaban. Estando ahí, a veces rezaban un Padre Nuestro o un Ave María en voz baja, otras sólo miraban en silencio y con atención alguno de los cuadros, suspiraban y al final se persignaban y nos pedían que hiciéramos lo mismo. Así fue como aprendí a persignarme, a rezar y, supongo, a ser católica, a creer en Dios y en las y los santos.

¿Por qué mi mamá y mi papá tenían tantas imágenes y cuadros religiosos? A mí me parecía que eran bastantes, sobre todo porque yo tenía que limpiar cada imagen, cuadro o estampa cada fin de semana al menos, y me molestaba hacerlo, no por el hecho en sí, sino porque no podía jugar y señalar esto porque tenía que hacerlo desde muy pequeña, tal vez desde los seis años. Me molestaba que fueran tantos porque me tardaba mucho en sacudir y limpiar. Algunas veces sentí miedo de estar ahí entre tanto santo, y otras, me sentía contenta. Ahora puede ser risible, pero en su momento me imaginaba de cosas, y temía que las imágenes pudieran cobrar vida, y todo esto era porque, religiosamente (valga la expresión), cada año, en Semana Santa, veíamos las películas *La pasión de Cristo* y *Marcelino, pan y vino*. Algunas veces, e incluso recientemente, me he soñado escondida entre sombras, en calles oscuras con casas y edificios derruidos, y desde algún lugar puedo ver algunos santos caminar por esas calles.

Respecto a la cantidad de imágenes, mi mamá y mi papá las habían juntado porque desde jóvenes ella y él habían encabezado mayordomías en varias ocasiones, sobre todo del Señor de Tepalcingo, patrón de Tepalcingo, Morelos, pero ya no lo eran. Mi mamá casi no salía porque mi padre no la dejaba, y él no se relacionaba mucho con la gente más que para embriagarse.

Varios años fuimos en familia a Tepalcingo y ahí dormíamos sobre petates de palma en el patio de tierra de una posada. Antes de irnos mi mamá y mi papá tenían que buscar unos “caseros”, una pareja que pudiera quedarse a cuidar la casa mientras regresábamos de lo que llamamos siempre la feria o la fiesta de Tepalcingo o de Tepalcinguito. “Los caseros” debían no sólo cuidar la casa, sino también encargarse de hacer los preparativos para nuestro regreso, que consistían en coordinar a las señoras y los señores que mi mamá y mi papá habrían visitado con anterioridad para que hicieran comida y acomodaran mesas y sillas en la casa para, que cuando regresáramos junto con los que habían ido a la fiesta a Tepalcingo y la gente que se quedaba en la comunidad, nos acompañaran a comer y a beber.

Los caseros debían encargarse de que todo esto estuviera a tiempo y de hacer algunos adornos para decorar el altar, del que ya hablé, y el de Los Fresnos. Los Fresnos es un lugar en el monte entre mi pueblo y el pueblo vecino, donde mi papá junto con sus “brazos” (o brazos) mandaron poner un techo de tejamanil que cubría una especie de barra de cemento, y sobre ella tres cruces de madera, donde descansaban los nichos que contenían tres imágenes del Señor de Tepalcingo. Los Fresnos es una pequeña loma, generalmente cubierta de hierba y árboles, por lo que era labor de los caseros deshierbar para que pudiéramos caminar por ahí.

Los brazos/brasos son también como mayordomos, pero socialmente tienen un rango menor y gastan menos dinero que ellos. Mi padre como mayordomo tenía que organizar el viaje a Tepalcingo, cuándo ir, cuándo regresar, y en varias ocasiones también llevaba a otras personas además de nosotras/os y de las/os brazas/os. Atendiendo a una división sexual y social del trabajo, mi mamá tenía que encargarse de que, antes de irnos, todas las cosas necesarias para que

los caseros cumplieran con su encargo estuvieran compradas y en la casa. Ya en Tepalcingo, ella llevaba unos braseros y brazas para cocinar en el patio de la posada, una olla grande de color azul (bien que la recuerdo), y preparaba café negro para todos los que íbamos y los que querían desayunar con nosotras/os, fueran o no de nuestra comunidad. Mi papá, mientras tanto, sólo o con alguna/o de mis hermanas/os, iba a comprar una o más bolsas grandes llenas de cocoles para compartir con todas/os ahí.

Mi mamá y sus brazas no sólo debían preparar el desayuno, sino las tres comidas del día durante la estancia. Esta experiencia, en cuya narración he abundado un poco, me genera añoranza no sólo porque podíamos salir de la casa, sino porque —aunque hasta la fecha no entiendo la causa— mi padre se portaba generalmente bien en estos días. No nos gritaba, no nos pegaba y no nos decía que nos quería, pero recuerdo que frecuentemente nos tomaba de la mano, nos compraba algún dulce y algún juguete, lo que no pasaba cuando estábamos en casa. Mamá, pese a todo el trabajo que tenía y con el que debíamos ayudarle, se miraba más tranquila, simplemente porque no tenía la tensión de que en cualquier momento mi padre fuera a pegarle.

Este tipo de experiencias son las que le dan significado a mi pasado y me permiten posicionarme en el presente y proyectarme en el futuro desde mi fe, pues de no haber nacido en mi comunidad y tenido una mamá y un papá mayordomos y si no me hubieran educado bajo estos preceptos propios de la práctica católica en mi contexto, simplemente no hubiera podido siquiera tener conocimiento de estos sucesos, pero tampoco hubiera vivido estos pocos momentos con mi padre ni hubiera visto la tranquilidad en los ojos de mi madre; y hoy no podría rescatar estos momentos y guardarlos para mí, para siempre. Por esto sigo siendo católica.

Mi mamá estaba más tranquila, pues la presión no era emocional sino más bien operativa en esos días. Lo malo era que siempre, al regresar, mi padre volvía a su conducta de costumbre, es decir, violenta. Sin embargo, atesoro esos momentos de mi pasado que habrían sido inexistentes si no hubiera crecido con ella y con él en mi comunidad.

Aunado a lo anterior, en esas fiestas mi padre era algo cariñoso y no bebía alcohol. De hecho, casi ningún hombre lo hacía, por lo que había no sólo momentos de cohesión familiar, sino de cohesión social, lo que habría sido imposible sin la unidad y la organización que demandaba la mayordomía del Señor de Tepalcingo.

Otra cuestión que quiero mencionar —y en contraste con las “ventajas” de ser la hija de la mayordoma y el mayordomo—, es que mi vida estuvo marcada por la violencia hacía mi familia por parte de mi padre. En este sentido y en relación con el catolicismo, muchas veces tuve miedo de que mi padre me golpeará cuando lo oía llegar, y de antemano sabía que golpearía a mi madre. Fueron muchas las ocasiones en las que me escondí debajo de las escaleras o de la mesa, o que estuve en la cocina sin hacer ruido; otras veces nos quería ver ahí, frente a él, en la cocina, porque decía que ahí debíamos estar por ser mujeres. Sin embargo, pude escapar de eso y de mi impotencia de defenderme físicamente corriendo al cuarto que estaba junto al altar, donde dormía mi hermano, pues no era un lugar en que mi padre me buscaría. El punto es que ahí había un reloj en el cual se enmarcaba una gran estampa del Sagrado Corazón de Jesús y ahí me paraba yo, frente a Él y le decía cómo me sentía. Lo miraba a los ojos y, en su momento, podría jurar que me escuchaba y me hablaba. No sé qué pasaba, pero luego de unos minutos ahí, pese a que las cosas no habían cambiado con mi padre, me sentía más tranquila y con la fuerza de, por lo menos, gritarle que nos dejara en paz.

Fruto de estas “escenas” cotidianas de violencia, cuando estaba a punto de terminar mis estudios en la secundaria mi padre golpeó a mi mamá. Al regresar de la escuela, ella no estaba. Sólo estaba él, borracho, maldiciéndola y repitiendo que ella tenía que volver porque sin él no era nada. Yo sólo quería salir de ahí, sentía que lo odiaba y no soportaba verlo ni escucharlo más.

Supe que mi mamá se fue a la casa de una vecina. Al otro día, pese a que mi padre me dijo que ya no fuera a la escuela porque, al ser mujer, mis estudios le representaban una “mala inversión”, me fui a clases. A la hora del receso pasé a la primaria por mi hermano y fuimos a buscar a mi madre a la cabecera municipal, pues ya otro de mis hermanos me había dicho a dónde se había ido.

Ahí vi a mi madre como nunca, con la cara desfigurada, morada e inflamada por los salvajes golpes de mi padre. No supe qué hacer. Sentí una enorme presión en el pecho y odié a mi padre más que nunca. Desde mi interior le pregunté a Dios por qué no mejor se lo llevaba y así nos dejaba vivir. Fue tanta mi impresión, que ni siquiera pude llorar. No quise tampoco abrazar a mi madre, porque sentía que aun cuando la tocara suavemente, le causaría más dolor.

Sentí tanta vergüenza de ser la hija de ese señor (mi padre) y me daba tanta pena que mi hermano con el que iba tuviera que verla así —nunca le pregunté qué sintió ni le he preguntado si lo recuerda—, que me acobardé totalmente y me paralicé. Ahí estaba mi madre, sentada a la orilla de la cama en la casa de sus padrinos de bautizo, únicas personas a las que podía acudir con relativa confianza. Estaba sentada con mi hermana menor en brazos y, pese al dolor que sentí de verla en ese estado, dolor que seguramente se potenció en ella, le pregunté cómo se sentía. “Mejor”, me dijo, y quise salir corriendo y gritando de ahí. “¡Dios mío!, cómo puede

sentirse mejor si está tan lastimada”, lo cuestioné nuevamente, ¿por qué permitía que eso pasara?

No hice más que acercarme a ella. Le pregunté por mi hermanita y, finalmente, la abracé con cuidado. Pude ver que había cierto grado de alegría en su mirada por vernos. No obstante, no tardamos mucho ahí porque, aunque mi padre supuestamente no sabía dónde estaba, lo cierto es que nos espiaba, y según yo, para no ponerla más en riesgo, le dije a mi hermano que nos fuéramos para regresar dentro del horario establecido en la escuela.

Todavía pasé a ver al orientador en la secundaria, quien me preguntó si quería hablar. Le dije que no y mencionó: “Si no quieres hablar, no lo hagas, pero un día de éstos vas a explotar porque te guardas muchas cosas”. Le agradecí por darme permiso para salir de la escuela en horario de clases. Caminé rápido y toda tensa hasta la casa de mi padre.

Estaba indignada, pero además me sentía perdida. Por un lado, no quería que mi madre volviera con mi padre, quien en ese entonces era para mí un monstruo; pero, por otro, no sabía cómo llegaría al otro día a clases y me preocupaba cómo me verían mis compañeras/os. Es absurdo, lo sé, preocuparme por esto; era lo último por hacer. La vida de mi madre estaba en peligro y yo pensando estúpidamente en el qué dirán. Me avergoncé de esto y lo sigo haciendo. Sin embargo, al otro día fui a clases y no bajé la mirada en ningún momento ni titubeé ante nadie.

No recuerdo dónde estaba mi padre, pero al regresar a la casa me encerré en el baño, estuve llorando por horas a solas. Le pregunté a Dios por qué nos hacía eso, qué habíamos hecho para estar en esa situación. ¿No había ya sufrido mi madre lo suficiente como para tener que aguantar eso? Me enojé y le dije: “Por este tipo de cosas es que tanta gente deja de creer en ti. Déjame entender y encontrar una salida”.

Llorar y reclamarle a Dios por lo que pasaba no mejoró realmente nada, pero me sirvió como desahogo. Días después supe que mi mamá había demandado a mi padre y lo citaron para hacer un juicio. Pensé que todos nos iríamos con mi mamá y dejaríamos a mi padre, pero no. El juez en turno había dicho antes que no había problema con que todas y todos viviéramos con ella, pero el día del juicio le dijo a mi mamá que si quería irse, que se fuera, pero que se iría sola. Si quería volver a vernos, tendría que regresar a vivir con mi padre. ¿Qué pasó? Mi padre sobornó al juez para cambiar las cosas. Desde entonces descubrí que había que tener mucho más cuidado con los pretenciosos hombres racionales de ley, que con Dios.

Una terrible indignación me invadió, pobre de mi madre que tuvo que regresar con el ridículo de mi padre que, cuando fue por ella a la casa de sus padrinos, le llevó un ramo de rosas, le pidió perdón y le prometió que no volvería a pasar. Mi madre volvió no porque no supiera que él mentía, sino porque no quería dejarnos, y porque tampoco tenía redes de apoyo.

Vivimos más o menos tranquilos varios días, pero de nuevo las cosas se pusieron mal. Pocos años después, mi papá le dijo alguna grosería a mi madre, ofensiva sí, pero no “tanto” como lo había hecho en otras ocasiones. Ella simplemente estalló, tomó la tabla para picar verduras y golpeó a mi papá en la cabeza. Lo dejó un tanto inconsciente; ella abrazó a mi hermana más pequeña y tomó de la mano a mi hermano menor y salió corriendo de la casa. Fue a la casa de mi hermano mayor y de ahí no salió. Desde entonces no ha vuelto con mi padre. Ella volvió a denunciarlo y él tenía que firmar un acta de separación, pero él no quiso.

¿Qué tiene que ver la religión católica con todo esto? La violencia que ejercen los varones en contra de las mujeres es

una terrible acción que se ha naturalizado como costumbre normal, en parte, porque se ha interiorizado la idea de que las mujeres son una posesión de los varones. Las mujeres no somos propiedad de nadie, sólo nuestra, pero no debemos acatar ciegamente lo que la gente nos dice acerca de lo que está bien o mal ante Dios. Que el hecho de que mi mamá pudiera preguntarse sobre esto, es lo que le ha permitido a ella, a mí y a mis hermanas y hermanos seguir adelante, dándole un significado diferente a nuestro pasado, uno que no está definido por la violencia de mi padre, sino por cada una/o de nosotras/os.

No creo que Dios haya predestinado a mi padre para hacernos daño. La decisión de tratarnos mal descansa en mi padre y no en Dios. En ocasiones es necesario separar las cosas, las personas y las creencias, pues no siempre todo se relaciona ni determina por todo; hacer estas separaciones me ha funcionado para entender por qué, fuera de enojarme con Dios o rechazar la religión católica, puedo mejor reencontrarme con Dios desde mí misma.

Quiero cerrar este apartado sobre las experiencias con algo un poco más amable, por lo menos para cerrar un ciclo en mi memoria. Soy católica porque si bien mi familia es pobre, y por lo tanto yo también, creer en Dios es algo que mi madre y mi padre sí me dieron. No me dieron siquiera los bienes materiales para vivir, no me dieron abrazos cuando los necesité, no me dijeron te quiero, pero me dieron experiencias en las cuales he encontrado los elementos necesarios para vivir, para defenderme y para posicionarme en la vida. Por todo esto sigo siendo católica, porque desde los valores inculcados con base en esta religiosidad, me encuentro con mi mamá y con mi papá. Sigo siendo católica y quiero seguir siéndolo porque deseo conservar para mí y para siempre algo único de ella y de él, algo que nadie más pudo haberme dado y que

nadie podrá dárme lo jamás, porque desde esos valores ella y él, queriendo o no, me enseñaron a plantarme en la vida.

Estrechamente relacionadas con las bondades que he encontrado en la religión católica inculcada y practicada por mi familia, están algunas formas que entiendo como de reencontro y de celebración, y puedo hacerlo de este modo no sólo por el catolicismo, sino por lo que, en términos antropológicos, se ha llamado sincretismo religioso. Es decir, la mezcla entre la religión católica impuesta por los españoles y las creencias “propias” de mi ser indígena. Resultado de esta combinación, es que, para mí, ser católica tiene sentido no sólo por las experiencias vividas directamente con mi familia, sino por aquellas situaciones de las que no tengo certeza pero que siento.

Me refiero particularmente a los días de Todos Santos o Día de Muertos, en los cuales, al igual que cuando íbamos a la feria, mi padre se portaba bien y todas/os estábamos aparentemente contentas/os. Además, fruto de la tradición indígena en que crecí, fueron momentos en los que sentí que podía reencontrarme con mis dos hermanos, con mi hermana, estar con mis abuelas y con mis abuelos, ya muertas/os. Recuerdo que en estos días la organización familiar era simplemente hermosa, pues mientras papá y mamá compraban cosas para la ofrenda, mi hermana o yo íbamos al molino y hacíamos memelas. Ayudábamos a mamá a preparar la comida, mientras que yo, o quienes fueran las/os más pequeñas/os en la casa, se encargaban de cortar flores en el campo para hacer el “caminito” desde la entrada del patio de la casa hasta la ofrenda. Sigo siendo católica porque creer en esta religión y en las costumbres de mi comunidad me permite sentirme conectada con toda mi familia, viva o muerta. Sigo siendo católica porque, de no serlo, todo lo que he escrito perdería sentido, por lo tanto, necesito ambas tradiciones, pues finalmente a ellas me debo.

Así pues, a partir de los recuerdos emanados de las experiencias vividas con mi familia me encuentro y me puedo decir católica, con esto aprendí a serlo y, desde esas experiencias, entiendo que abracé el catolicismo como parte de mí. En concordancia y discordancia con esto, sigo siendo católica porque también, pese a las múltiples reflexiones que hago al respecto, no puedo desprenderme de la religión, pues es la base metafísica sobre la cual mi familia cimentó mi vida.

Es precisamente esta creencia la que hace posible que posea y viva con una tradición que no sólo está llena de dominio y subordinación, sino que también me provee de esperanzas. Percibir la religión católica en términos lineales, y quizá superficiales, no sirve de mucho si lo que queremos es cuestionarla y, sobre todo, transformarla. Más bien, debemos tratar de encontrar la raíz del porqué la religión católica, o sus representantes en la tierra, han desplazado a las mujeres y han colocado a los varones en un lugar con autoridad y poder sobre todos los demás. Pienso que intentar ir a la raíz del porqué la exaltación de los varones sobre las mujeres puede ayudarnos, si no para cambiar el mundo, por lo menos para vivir más tranquilas con nosotras mismas a partir de los puntos de fuga en esto que puede verse solamente como imposición, dominación, control e, incluso, posesión de las mujeres, pero que puede darnos también posibilidades.

Así pues, considero que esta tradición católica en la que he vivido, no me ha implicado subordinación porque esté en su naturaleza subordinar a las mujeres, sino porque quienes se han atribuido el poder, así lo han instaurado, normalizado, naturalizado y legitimado. Son estas personas mortales quienes discriminan, oprimen y usan no sólo a las mujeres sino a otros grupos, como ocurrió en la Colonia, cuando los españoles, aprovechándose de las creencias de las/os indígenas, no sólo saquearon sus riquezas, sino que las/os

evangelizaron, enalteciendo a un Dios católico sobre sus propios dioses. No sólo les quitaron bienes materiales, también pretendieron arrancar su fe en esos dioses para que la depositaran en un dios católico; sin embargo, pese a sus intentos de evangelización y las múltiples matanzas y persecuciones que han hecho en nombre de Dios, no han logrado borrar esa fe precolombina de la que me considero heredera.

En todo caso, los responsables de estas matanzas son quienes las ordenaron y ejecutaron, que fueron hombres y no Dios. Éste es mi punto de vista, que desde luego no tengo forma de probar; sin embargo, tampoco habría manera de probar que Dios ordenó matar, perseguir y condenar a mujeres y hombres en su nombre.

La subordinación que podamos asociar a la religión católica es de tal naturaleza en sí misma que puede entenderse como resultado del manejo del poder detentado por los representantes de la institución religiosa católica. Pero, por otro lado, una vez constatado que, en efecto, existe subordinación emanada de la religión católica, no debemos permanecer pasivas/os ante ella, hay que buscar en sus raíces la forma de erradicarla.

Con el señalamiento anterior quiero enfatizar que la religión católica ha sido construida moralmente considerando aspectos de índole social, cultural, política y económica; “propios” de cada sociedad en momentos determinados. Es decir, la religión católica y la forma de profesar esa fe responde a la forma en que ha sido construida por las personas, tanto varones como mujeres. Por tanto, han y hemos sido las personas quienes la interpretamos, porque somos quienes la vivimos y, con gran frecuencia, la necesitamos y hemos construido y seguido construyendo diversas formas de practicar la fe en la religión católica.

No obstante, tenemos nuestras propias formas de creer en Dios. A pesar de ser personas diversas que viven en lugares

y momentos diferentes en la historia, hay cuestiones que permanecen, entre ellas la subordinación, la exclusión, la cosificación e, incluso, la satanización de las mujeres; y son estas situaciones en las que hay que fijarnos y preguntarnos por qué continúan, a qué intereses responden, etcétera.

Lo que la historia nos deja ver claramente es que la institución religiosa católica se ha construido en clave patriarcal, representando y exigiendo de las mujeres sumisión, servicio y compañía para el disfrute de los varones. No se trata de acabar con el catolicismo o de quitar poder a los varones, sino de desmontar la estructura patriarcal que ha permanecido como base en la construcción social de la práctica de la fe de las/os católicas/os, no sólo por el bienestar de las mujeres, sino para construir y practicar esta fe de manera diferente; de modo que vivirla resulte más equitativo para todas las personas, sin que su género, clase social, etnia, edad, orientación o preferencia sexual, escolaridad o lugar de residencia, entre otros elementos, sean las condiciones sociales que determinen ser o asumirse como católica/o. Porque, además ¿quién estaría autorizada/o para decirnos cuál es la forma correcta de ser católica/o?

Así, sigo siendo católica no sólo porque se me prometa tener una vida mejor en el cielo después de mi muerte, sino porque pienso que ser católica no es sinónimo de sumisión o tontería. Cada persona puede llenar de contenido su forma de creer y apropiarse de distintos elementos que le den sentido a su vida, sin que ser católica/o implique tener problemas existenciales. No me veo a mí ni a las demás personas católicas como víctimas de la opresión que ha sido construida. Ser víctimas significa quedarse sin hacer nada y aceptar lo que nos suceda sin cuestionarlo siquiera, por esto prefiero pensarnos como personas con capacidad de agencia para vivir su vida en el día a día, y en particular para decidir sobre

su fe y cómo practicarla. El problema no es ser católica/o, sino la actitud y el posicionamiento que adoptemos: ¿hay formas de darle un significado propio que no se desvincule de la espiritualidad católica?

Si yo estuviera convencida de que ser católica es aceptar la subordinación sobre mí por ser mujer, indígena y pobre, simplemente no lo sería, pero dadas las circunstancias en que he vivido, ser católica/o puede ser diferente a lo tradicionalmente impuesto. Entonces, para vivir este ser católica/o, es necesario eliminar las subordinaciones por las consecuencias que ha tenido en perjuicio no sólo de las mujeres, sino también de las personas pobres, cuya opresión, desigualdad social, y con frecuencia condena, se han tratado de instaurar y naturalizar como requisitos de sufrimiento necesario para entrar al cielo, ser felices y vivir eternamente.

Con esto no quiero decir que cada quien crea lo que se le ocurra en cuanto a la religión católica. Debe haber un punto en común y puede ser a partir de la construcción y conservación de una espiritualidad dentro de nosotras/os mismas/os con Dios. Además, no podríamos dejar de tener un punto de confluencia, puesto que somos entes que vivimos en una sociedad y, por lo tanto, no estamos desvinculados de ésta, sino en constante interacción y, por ello, representamos su síntesis.

Así, puedo decir que lo que me mantiene en la religión católica (que no en la Iglesia) es mi fe y la conexión que encuentro con mi familia a partir de ella.

HACIA UNA TEOLOGÍA  
DE LA LIBERACIÓN FEMENINA

**Sonia Corral Villar**



**L**o tengo comprobado. Es poco probable que una monja se suba a un autobús o un tren de largo recorrido en el que yo viaje, pero cuando una de ellas entra por la puerta automática, seguro, seguro, que se sienta al lado o enfrente de mí.

Ya siento su mirada inquisitiva... Está claro que quiere hablarme... Me hago la loca, pero es inevitable: ya he caído en sus redes. Un sentimiento de culpabilidad ya olvidado vuelve a mí y no lo puedo evitar. ¡Jesús, qué cruz!

En mi cabeza empiezan a agolparse recuerdos de mi infancia y adolescencia. Me duelen los pies con los zapatos de domingo en esas misas incomprensibles y eternas mientras el frío me cala los huesos. A la catequista ya se le está acabando el repertorio de respuestas mecánicas, así que mejor me dejo de tanta pregunta y me quedo calladita si quiero vestirme de comunión.

Y la etapa más tenebrosa, la que me hizo renegar e incluso odiar la religión: el internado y sus cinco rezos diarios, las insoportables jornadas de reflexión sobre el aborto y la sexualidad y, especialmente, el miedo a que las monjas se metieran en mi habitación por la noche... Ahí ya no había vuelta atrás.

Hoy en día, está claro que no voy a misa. Por supuesto que no me he casado por la iglesia. Mi hijo no está bautizado —faltaría más—. Obviamente, he incumplido los preceptos católicos que me inculcaron y, *para más INRI*, me declaro

públicamente agnóstica..., pero el sentimiento de culpa sigue ahí: ¿qué poder tan extraordinario tienen ellas sobre mí?

Es ahora cuando me planteo si una persona educada en una cultura y unos valores religiosos puede dejarlos de lado por pura convicción. ¡Pues claro que no! Y eso lo sufro en mis propias carnes, particularmente cuando veo a una monja. Éste es mi castigo por ser una chica mala: aunque yo no me considere católica, mi moral sí lo es.

Este pasado me condena a tener una conciencia cristiana, católica, apostólica y romana. Además, la Iglesia ya me cuenta entre sus filas por el simple hecho de haber sido bautizada. Ésta es una trampita para aumentar el número de seguidores que utiliza la institución católica y que, a partir de ahora, la designaré como el ENTE, Establecimiento que No Te Entiende, un acrónimo masculino más adecuado para este organismo obsoleto.

Sin embargo, las estadísticas no engañan, nuestra religión está en declive. En el mundo hay cerca de 1 200 millones de católicos y casi 40% de ellos vive en Latinoamérica. Pese a estos datos tan abrumadores, la religión católica cayó 13% entre 1995 y 2014 en América Latina, su baluarte. El descenso en el número de fieles es un fenómeno mundial.

Los números en España son brutales, *están hechos un Cristo*. A pesar de que tres de cada cuatro españoles se considera católico, 65% no acude a misa casi nunca: se consideran católicos no practicantes. A lo anterior hay que sumar que la población que confiesa esta religión está conformada principalmente por mujeres, personas mayores, de pueblos pequeños, de clase obrera y con educación primaria o secundaria.

En efecto, en Iberoamérica muchos se autoproclaman católicos por una mera pose, por tradición o porque ni siquiera se plantean pensar racionalmente en el alcance de sus

creencias. La mayoría somos mujeres, muchas de ellas devotas de un ENTE patriarcal que nos impone unas directrices desiguales en comparación con los hombres, y que nos tiene asignado un papel con base en nuestro sexo. Ser católica por designación no conlleva grandes compromisos, pero creer y servir al ENTE sí genera un grave problema e impide tener una mínima conciencia feminista.

Una sociedad que se dice civilizada debería ser más crítica con una institución que discrimina a las mujeres al otorgarles un papel meramente pasivo. Pero, ¿se puede ser católico y querer cambiar un ENTE, que presume de no ser democrático? “Si no te gusta, vete”, dicen muchos. Otros retan: “Que funden su propia religión”. Nos proponen *desnudar a un santo para vestir a otro*, pero no es tan fácil, a riesgo de que nos acusen de falta de autocontrol. Aquí pesa mucho nuestra educación, la presión familiar y unos valores culturales que han resistido la prueba de dos mil años. Además, ¿qué mejor manera que cambiar las cosas que desde dentro?

El ENTE, la llamada institución mejor organizada del mundo, lo tiene claro. Desde las doradas columnas del Vaticano, la Iglesia católica limpia su imagen con un papa más “progre”, pero sigue en su empeño de no adaptarse a los nuevos tiempos y mantiene el papel sumiso del “sexo débil”.

Juan Pablo II, en un párrafo de su *Carta a las mujeres*, explica que si Cristo “ha confiado solamente a los varones la tarea de ser icono de su rostro de pastor y de esposo de la Iglesia a través del ejercicio del sacerdocio ministerial, esto no quita nada al papel de la mujer”. ¡No, qué va! Asegura el denominado “Papa viajero”, que estas distinciones “no deben interpretarse a la luz de los cánones de funcionamiento propios de las sociedades humanas, sino con los criterios específicos de la economía sacramental, o sea, la economía de signos elegidos libremente por Dios”.

El papa polaco considera que en la Iglesia del tercer milenio “no dejarán de darse ciertamente nuevas y admirables manifestaciones del genio femenino”, refiriéndose a las mártires, santas, místicas insignes y a las que “han emprendido iniciativas de extraordinaria importancia social, especialmente al servicio de los más pobres”. Y, para colmo, señala que la mujer “ve al hombre en su grandeza y en sus límites” y trata de “serle de ayuda”. Tenemos que ayudar a los hombres porque nos lo dice Dios, y servir a los más pobres: ésta es la visión de un papa que se nos ha vendido como pionero de los derechos humanos de la mujer.

Benedicto XVI pasó por el ministerio papal *sin pena ni gloria* y reforzó la “interpretación feminista” de su antecesor. Advirtió del riesgo del individualismo, ya que “cuando el hombre o la mujer pretenden ser autónomos y totalmente autosuficientes, corren el riesgo de encerrarse en una auto-realización que considera como una conquista de la libertad la superación de todo vínculo natural, social o religioso, pero que en realidad se reduce a una soledad opresora”.

El ahora papa emérito, desde su pasado en las juventudes hitlerianas y su feroz crítica a la homosexualidad, señaló que “todavía hoy persiste una mentalidad machista, que ignora la novedad del cristianismo, que reconoce y proclama la igual dignidad y responsabilidad de la mujer respecto al hombre”. ¿La misma responsabilidad y dignidad? Ya te hemos calado, Ratzinger, no podría ser de otra manera con esa carita de pillín: *A Dios rogando y con el mazo dando*.

Y como colofón, la gran esperanza de Iberoamérica, a pesar de que el evangelio de San Mateo advierte que “nadie es profeta en su tierra”: el papa Francisco. Su carisma le ha transformado en pocos meses en uno de los líderes más influyentes del mundo y advierte de que uno de los peligros que mortifica a la mujer es “promover una especie de

emancipación que, para ocupar los espacios tomados por el masculino, abandona el femenino, y lospreciados rasgos que lo caracterizan”. No sé qué miedo les dan unos conceptos tan positivos como emancipación o libertad.

“Sufro, y os digo la verdad, cuando veo en la Iglesia o en algunas instituciones eclesiales que el papel de la mujer queda relegado a un papel de servidumbre y no de servicio”, se lamenta el sumo pontífice argentino. Nos propone que seamos servidoras y no sirvientas, un eufemismo en toda regla para los que vivimos en el tercer milenio.

En la ceremonia de elección del primer papa jesuita, mientras la chimenea de la capilla emitía, a la tercera votación, la fumata blanca, en la plaza de San Pedro también se liberó una simbólica fumata rosa. *Nuestro gozo en un pozo*: el último relevo, aunque con mejores formas, ha frustrado las expectativas de los movimientos católicos femeninos y feministas.

Wojtyla, Ratzinger y Bergoglio hasta ahora, no dieron ningún paso significativo para satisfacer las reivindicaciones de los colectivos religiosos de mujeres, cada vez mejor organizados. Los últimos sucesores de San Pedro al frente del ENTE, además de tener apellidos impronunciables, son *más papistas que el papa*. Para justificar la desigualdad de la mujer, se remiten a la voluntad de Dios, a su palabra expresada en la Biblia y a los teólogos de la historia de la cristiandad.

El libro más vendido de todos los tiempos ordena en su “Carta a los Corintios”: “Hagan como se hace en todas las iglesias de los santos: que las mujeres estén calladas en las asambleas. No les corresponde tomar la palabra. Que estén sometidas como lo dice la Ley, y si desean saber más, que se lo pregunten en casa a su marido. Es feo que la mujer hable en la asamblea”.

En las “Epístolas a Timoteo”, la Biblia insiste en el silencio de las mujeres y en su entera sumisión: “Pues no permito a

la mujer enseñar ni tomar autoridad sobre el marido; mas estese callada. Ya que Adán fue formado el primero, y después Eva. Y además Adán no fue engañado, mas la mujer, engañada, fue causa de la prevaricación de la caída en el pecado. Verdad es que se salvará por medio de los hijos, si persevera en la fe y en la caridad en santa y arreglada vida”.

“Es Eva, la tentadora, de quien debemos cuidarnos en toda mujer... No alcanzo a ver de qué utilidad puede servir la mujer para el hombre, si se excluye la función de concebir niños”, subraya san Agustín de Hipona. Considerado el máximo pensador del cristianismo del primer milenio, este santo propone que las mujeres “no deben ser iluminadas ni educadas en forma alguna. De hecho, deberían ser segregadas, ya que son causa de insidiosas e involuntarias erecciones en los santos varones”.

Ya en el siglo XIII, santo Tomás de Aquino, doctor de la Iglesia por sus aportaciones metafísicas a la teología, se refiere así a la mujer: “Es defectuosa y mal nacida, porque el poder activo de la semilla masculina tiende a la producción de un perfecto parecido en el sexo masculino, mientras que la producción de una mujer proviene de una falta del poder activo”.

La reforma de Martín Lutero en el siglo XVI tampoco aporta buenas nuevas para las mujeres. “Así ven ustedes cómo son débiles y poco saludables las mujeres estériles; aquéllas bendecidas con muchos niños son más saludables, limpias y alegres. Pero si eventualmente se agotan y mueren, no importa. Que mueran dando a luz, que para eso están”, anuncia el teólogo alemán. El precursor del luteranismo asegura que las niñas empiezan a caminar y a hablar antes que los niños “porque la maleza crece siempre más rápido que las buenas semillas”.

La visión despectiva respecto a la mujer por parte de los hombres del ENTE no cambió mucho en el siglo XX, como

demuestra Federico Arvesu en *La virilidad y sus fundamentos sexuales*. Este médico jesuita concluye en su análisis que el organismo de las mujeres “está dispuesto al servicio de una matriz; el organismo del hombre se dispone para el servicio de un cerebro”.

Estas palabras son todo un “tesoro” de nuestra tradición cristiana, pero no metamos más el dedo en la llaga. Ni la Biblia, ni los pasados pensadores sabían que a finales del XIX un movimiento social, en reivindicación de la igualdad de derechos entre hombres y mujeres, consiguió y sigue buscando un mundo más justo.

Resulta incomprensible que los sumos pontífices no hayan observado que el feminismo coincide en sus objetivos. Aun así, entiendo que el cargo de papa lleva implícito el continuismo de un ENTE patriarcal y no tiene que ir a remolque de lo que impongan los nuevos tiempos, pero si quieren que el ENTE dure otros dos mil años más, las cosas van a tener que cambiar.

Hay que reconocer al ENTE una evolución histórica, si no a favor de la mujer, por lo menos no en contra de ella. Ya pasaron los oscuros tiempos de la Inquisición, que se cebó en las brujas (léase mujeres). Eran herejes por sus conocimientos médicos o por la simple expresión de su femineidad, y millones de ellas fueron condenadas a aberrantes torturas o a la purificadora muerte en la hoguera.

El ENTE también ha mantenido a lo largo de la historia una situación privilegiada en el ámbito económico, político y social. Dicen las malas lenguas que posee el segundo tesoro en oro más grande del mundo —sólo por detrás de Estados Unidos—. Se ha adaptado a los nuevos tiempos con inversiones bancarias y acciones en corporaciones internacionales, hasta tal punto que en Wall Street es considerado el más grande corredor de bolsa del mundo. Y esto

a pesar de que Timoteo señala: “El dinero es la raíz de todos los males”.

Si bien es verdad que hoy en día en Iberoamérica sólo Costa Rica y República Dominicana son estados confesionales católicos, según su Constitución, los representantes políticos de turno, y por lo tanto sus países, están en connivencia con la estructura católica. En todo acto solemne tiene que estar presente el ENTE y los jefes de Estado de América Latina se mueren por una foto con el papa.

Estos mismos dirigentes políticos miran a otro lado cuando se trata de recaudar impuestos por los bienes inmuebles del ENTE: miles de iglesias, conventos, colegios y otras propiedades atesoradas por la Santa Sede, que no sólo es titular del Estado del Vaticano, sino de uno de cada tres inmuebles de la ciudad de Roma.

El ENTE sigue muy presente en Iberoamérica y así seguirá durante algunas generaciones más, porque domina el activo que marca la cultura y los valores de nuestra sociedad: la educación. ¿Quién no ha asistido a una escuela católica o ha colaborado en una asociación vinculada?, ¿quién no ha participado en acciones solidarias lideradas por el ENTE?

La educación católica aporta principios morales, cívicos, buenos modales y respeto, y hemos de reconocer que ha hecho de muchas de nosotras profesionales prestigiosas, independientes y fuertes. Sin embargo, también nos adoctrina desde la infancia para asegurarse el mayor número de seguidores, en vez de esperar que uno decida por sí mismo sus ideas religiosas.

A nosotras, que arrastramos una suciedad intrínseca; a nosotras, las culpables del pecado original, también nos han educado para realizar la función de sirvientas, perdón, de servidoras. El papel femenino en el ENTE es así de especial: como seres pasivos y sumisos que somos, tenemos que ejercer la caridad y la humildad, en silencio.

En primer lugar, la humildad no está reñida con la inteligencia y el poder, y en segundo, no soporto el concepto de caridad, que tiene que ver más con la compasión o la lástima, que con la solidaridad o la justicia social. Que me perdone Cáritas, que fue la primera organización española internacional en tener una mujer como presidenta, pero yo le cambiaría el nombre.

Ya sé que por esos mundos de Dios, en muchas otras religiones, la mujer es tratada como ganado, pero esto no quita que se reconozca que la mayoría del trabajo que realiza el ENTE lo hacen mujeres. Este reconocimiento tendría de ser remunerado económicamente, porque los hombres, aunque son mucho menos, generalmente sí que son retribuidos por su trabajo, basado casi siempre en tomar decisiones. Nadie me negará que el trabajo no remunerado es invisible y no tiene ningún prestigio.

La experiencia creyente de las mujeres resulta especialmente afectada por la posición del ENTE en asuntos tan sexualmente femeninos como el uso de anticonceptivos y el aborto. Aquí es donde, para mi gusto, se produce una ruptura irreconciliable no sólo con las mujeres, sino con la mayoría de la sociedad en general, y con la lógica en particular.

El mejor método anticonceptivo es evitar las relaciones prematrimoniales y después, a procrear sin límites, propone el ENTE. Pues seguro que sí, pero díganse a los millones de africanos que han muerto de sida. Y sigue, erre que erre, ya no sólo en contra de las medidas de control de la natalidad, sino favoreciendo la propagación de enfermedades de transmisión sexual, a pesar de las campañas de muchas organizaciones humanitarias y de la propia ONU.

Ahora, si hablamos de aborto, a mí se me abren las carnes, pero más aún se altera el ENTE todopoderoso, que lo castiga con la mismísima excomunión. En México tienen la suerte

de que el cardenal Norberto Rivera otorgara a todos los sacerdotes del país la facultad de absolver a las mujeres que cometieron este grave pecado, eso sí, solamente en periodo de Cuaresma.

El aborto terapéutico, cuando la vida de la mujer peligr durante el periodo de gestación o el feto es inviable, y el aborto denominado "sentimental", cuando el embarazo es producto de una violación y supone para la mujer una enorme carga psicológica y física, son rechazados por el ENTE, que erigiendo la bandera del derecho a la vida, nos pone en riesgo de muerte o nos parte la vida en dos. ¿Es o no para poner el grito en el cielo?

Muchas deseamos y necesitamos vivir nuestra sexualidad antes o fuera del matrimonio, pero de todo hay en la viña del Señor. Sin ir más lejos, hace pocos meses fue noticia en algunos informativos y periódicos el éxito de ventas del libro de la escritora Constaza Miriano, con el inequívoco título *Cásate y sé sumisa*. En él propone que nos apartemos de la lógica de la emancipación porque el papel del hombre "es encarnar la guía, la norma, la autoridad", y el de la mujer, "acoger la vida".

Pero si la sumisa autora italiana es noticia porque su visión es sorprendente o inhóspita, no más extraordinarios son los incansables esfuerzos de asociaciones femeninas o feministas que, dentro del ENTE, se atreven a romper el silencio impuesto. Ellas son capaces de defender la igualdad de las mujeres dentro de una institución misógina y sacan fuerzas, no sé de dónde, para seguir luchando por sus derechos en un ambiente muy hostil.

En el Nuevo Testamento Dios es padre de Jesucristo, que únicamente llama a varones para ser sus representantes, y en esto se escuda la visión patriarcal y se basan las representaciones pictóricas del Creador. Por su parte, muchas teólogas

feministas se refieren al Génesis, en el que Dios creó a Adán y Eva “a su imagen y semejanza”, como una visión en la que el género del Señor no está definido. Pensar en una diosa es toda una blasfemia, así que convengamos en que Dios no tiene sexo y, por lo tanto, tampoco género.

La teología feminista busca un papel justo para la mujer en la historia y su aportación a la religión, pero ya no sólo de santas conocidas, sino de mujeres cristianas que aportan cosas espléndidas. Las teóricas consideran que a pesar de que el ENTE es mayoritariamente femenino en sus cuadros, la ausencia de las mujeres en la toma de decisiones y su escasa visibilidad empobrece enormemente la institución.

Pero esto no es llegar y besar el santo. Algunos señalan que las feministas quieren parecerse al hombre para quitarle su poder. Se ridiculizan sus aportaciones para deslegitimizar su trabajo, como ya lo hicieron contra las mujeres que lucharon para poder votar, las sufragistas. A pesar de que son ya muchos años de reivindicaciones negadas, hay muchos ejemplos de asociaciones y de colectivos muy activos y con las ideas bien claras.

Es el caso de la Red Latinoamericana de Católicas por el Derecho a Decidir, presente en varios países, que reivindica los derechos sexuales y reproductivos de las mujeres: “Sin los derechos de las mujeres, los derechos no son humanos”, “María fue consultada para ser madre de Dios”, “La libertad de conciencia es un valor católico”; son algunos de los mensajes que aparecen intermitentemente en su página web.

Si las mujeres latinoamericanas hicieran una huelga, las iglesias se quedarían casi vacías. Para hacernos una idea, recordemos la película *Un día sin mexicanos*, pues así como los latinoamericanos son importantísimos para la economía de Estados Unidos, las mujeres son los pilares que sostienen al ENTE. ¡Menuda paradoja!

En la vieja Europa, un grupo de católicas catalanas va un poco más allá. El Colectivo de Mujeres en la Iglesia (Col·lectiu de Dones en l'Esglesia), denuncia que el ENTE no respeta los derechos humanos que tanto proclama para los demás. Estas mujeres profundamente católicas quieren “vivir la fe de manera adulta y responsable, con espíritu libre, crítico y constructivo” y reclaman “un cambio en la actitud negativa que tiene la Iglesia, en especial la jerarquía, hacia las mujeres”.

Se sienten con derecho a solicitar la paridad en la institución católica, piden un nuevo lenguaje y una renovada evangelización, e incluso demandan al ENTE que acabe con la discriminación de la mujer y, por lo tanto, permita su acceso al sacerdocio. Una de las dirigentes de la asociación, Dolors Figueras, se avergüenza “porque nuestra Iglesia está haciendo el ridículo. Debe ser ya la única institución del mundo, al menos en el ámbito occidental, que sigue marginando a las mujeres”.

Es de alabar el mérito de la Unión Internacional de Superiores Generales, un organismo de dirigentes de congregaciones cuyo fin es promover el conocimiento de la vida religiosa. Aunque a mí las monjas me dan un poquito de *yuyu* por mi traumática adolescencia, desde luego que hay que reconocer su valentía al enviarle una carta recientemente a Su Santidad.

En esta misiva sugieren al papa Francisco el nombramiento de mujeres para ocupar puestos de toma de decisiones de alto nivel dentro de los organismos especializados de la curia romana, para participar en los sínodos y otros lugares de diálogo crítico, e incluso para intervenir en la formación de los seminaristas, “para que los futuros sacerdotes tengan una mejor comprensión de la psicología de las mujeres y también de la vida religiosa femenina”.

Donde tenemos que entonar un “guau”, que en este caso sería “wow”, es en el trabajo realizado por el movimiento

internacional Ordenación de Mujeres en el Mundo (Women's Ordination Worldwide). Este importante colectivo de religiosas, liderado por las estadounidenses, trabaja "por la igualdad y la ordenación de las mujeres en la Iglesia católica", a pesar de que el ENTE ha prohibido oficialmente este último punto.

El movimiento se articula en una red ecuménica de organizaciones de todo el mundo que incluso se atreve a "desafiar la discriminación global contra las mujeres en la Iglesia católica romana". Siguen el ejemplo de los cristianos anglicanos que no solamente tienen mujeres sacerdotes, sino también, desde el año pasado, su primera obispa, y desoyen a los agoreros que anuncian que su lucha será el fin del ENTE.

Su enfrentamiento es directo con la visión de los sumos pontífices y del propio Código de Derecho Canónico de 1917, aún vigente en este aspecto, que establece que para ser cardenal "hay que ser varón y al menos sacerdote". El papa Juan Pablo II, en su carta apostólica *Ordinatio Sacerdotalis*, sostiene que no es admisible ordenar mujeres para el sacerdocio con el manido argumento de las Sagradas Escrituras: "De acuerdo con el Plan de Dios para su Iglesia". Benedicto subraya que la carta de su antecesor "tiene carácter de infalibilidad" y el papa latinoamericano concluye que "la puerta está cerrada".

Ante esta respuesta, el movimiento Ordenación de Mujeres en el Mundo contesta con un nuevo reto. En estas fechas, próximas a la conmemoración del vigésimo aniversario del famoso *Ordinatio Sacerdotalis*, invita a todos y a todas a entrar en acción escribiendo una carta dirigida al papa Francisco.

En conclusión, ante el declive del catolicismo en Iberoamérica, las mujeres católicas, ya sea por convicción o por designación, necesitamos desempeñar un papel más activo en el ENTE, de acuerdo con los tiempos en que vivimos. Son tiempos en los que cualquier mujer tiene una mínima

conciencia feminista y nuestra religión no tiene que ser un freno para nuestro desarrollo como personas.

Ya no nos sirven los argumentos anacrónicos de las Sagradas Escrituras o de los teólogos católicos. Los máximos representantes del ENTE en este mundo dicen que no tienen autoridad para cambiar la palabra de Dios, pero nosotras tenemos otra interpretación de esa palabra.

Empecinarse en una tradición machista y que el propio Dios consideraría enemiga de su mensaje, es un insulto a la inteligencia de toda mujer católica. El ENTE no ha querido resolver nunca este tema porque su evolución no ha sido paralela a la de la sociedad, y su actitud se define en una palabra: miedo.

Miedo al cambio, miedo a la evolución y miedo a la mujer. Miedo a que decidamos tener o no hijos. Miedo a que revitalicemos y renovemos el catolicismo. Miedo a que nos ordenemos como sacerdotes, a pesar de que la Iglesia anglicana ha demostrado que no se hunde el mundo. De hecho, actualmente está ordenando a más mujeres que a hombres.

No obstante, creo que este cambio se ha de hacer desde dentro y por los que están involucrados. No caben revoluciones ni imposiciones externas. Los colectivos feministas católicos llevan muchos años pidiendo que el ENTE respete los derechos humanos de las mujeres creyentes. Y cada vez son más las teólogas y los teólogos que se adhieren a esta corriente.

Si la teología de la liberación tuvo que romper las cadenas vaticanas para comprender a América Latina y convivir con la pobreza y luchar contra la opresión, ¿no es necesaria ahora una corriente teológica por la dignidad de la mujer y su liberación dentro de las estructuras católicas?

En esta teoría de la liberación femenina, el ENTE tendría que soltar ese lastre e incluso convertirse en un signo de

liberación para las mujeres, porque muchas ya nos hemos visto obligadas a elegir. Hemos preferido ser fieles a nosotras mismas como mujeres y dejar a un lado las creencias católicas, antes que adaptarnos a lo establecido sin estar conformes con nuestra propia forma de vivir.

Si este movimiento consigue que el ENTE se reconcilie con las mujeres, estoy segura de que su fuerza no estará en el poder, la tradición, la cultura o la educación, sino en la propia credibilidad de la institución, así como en el convencimiento de nuevos católicos practicantes.

“Donde reina la mujer, el diablo es el primer ministro”.  
Refrán

#### REFERENCIAS

- EFE, *El Comercio*, Lima, “El catolicismo cae 13% en América Latina entre 1995 y el 2014”, <<http://elcomercio.pe/mundo/latinoamerica/catolicismo-cae-13-america-latina-entre-1995-y-2014-noticia-1723362>>, consulta: 16 de junio de 2014.
- Embid, Julio, *eldiario.es*, “España ha dejado de ser católica practicante”, <[http://www.eldiario.es/sociedad/Espana-dejado-catolica-practicante\\_0\\_249875385.html](http://www.eldiario.es/sociedad/Espana-dejado-catolica-practicante_0_249875385.html)>, consulta: 16 de junio de 2014.
- Juan Pablo II, “Carta de Papa Juan Pablo II a las mujeres”, <[http://www.vatican.va/holy\\_father/john\\_paul\\_ii/letters/documents/hf\\_jp-ii\\_let\\_29061995\\_women\\_sp.html](http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/letters/documents/hf_jp-ii_let_29061995_women_sp.html)>, consulta: 5 de junio de 2014.
- Mújica, Jorge Enrique, “Benedicto XVI y la mujer”, <<http://es.catholic.net/mujer/463/998/articulo.php?id=31996>>, consulta: 5 de junio de 2014.
- TeleSUR- AFP- EFE/ df-LP, “Papa Francisco destaca rol de la mujer dentro de la Iglesia Católica”, <<http://www.telesurtv.net/>

- articulos/2013/10/12/papa-francisco-defiende-papel-de-la-mujer-139.html>, consulta: 5 de junio de 2014.
- “Frasas memorables de religiosos”, <<http://www.sindioses.org/frases.html>> consulta: 7 de junio de 2014.
- “Frasas machistas y misóginas de personas religiosas y libros ‘sagrados’”, <[http://www.mujerpalabra.net/pensamiento/critica/frasasmachistasymisoginas\\_relig.htm](http://www.mujerpalabra.net/pensamiento/critica/frasasmachistasymisoginas_relig.htm)>, consulta: 7 de junio de 2014.
- “Estado confesional”, <[http://es.wikipedia.org/wiki/Estado\\_confesional](http://es.wikipedia.org/wiki/Estado_confesional)>, consulta: 12 de junio de 2014.
- “La Iglesia católica enseña a la mujer a ser ‘obediente y sumisa’”, <[http://www.elperiodicomediterraneo.com/noticias/sociedad/iglesia-catolica-ensena-mujer-ser-obediente-sumisa\\_845487.html](http://www.elperiodicomediterraneo.com/noticias/sociedad/iglesia-catolica-ensena-mujer-ser-obediente-sumisa_845487.html)>, consulta: 7 de junio de 2014.
- Vidal, José Manuel, “Mujeres en la Iglesia católica, una mayoría silenciada”, <<http://www.elmundo.es/elmundo/2012/10/05/internacional/1349438936.html>>, consulta: 30 de mayo de 2014.
- Red Latinoamericana de Católicas por el Derecho a Decidir, <<http://catolicasporelderechoadecidir.net/inicio.php>>, consulta: 18 de junio de 2014.
- Col·lectiu de Dones en l’Esglesia, <<http://www.donesesglesia.cat/indice.htm>>, consulta: 20 de junio de 2014.
- Unión Internacional de Superiores Generales, <[http://media.wix.com/ugd/0a71a9\\_61bf067a5dce43a5b1728f9e77b5224c.pdf](http://media.wix.com/ugd/0a71a9_61bf067a5dce43a5b1728f9e77b5224c.pdf)>, consulta: 27 de junio de 2014.
- Requena, Mario, “El rol de la mujer en la Iglesia Católica (Parte II)”, <[http://www.schvivo.com/index.php?option=com\\_content&view=article&id=2248:el-rol-de-la-mujer-en-la-iglesia-catolica-parte-ii&catid=35:mario-requena-pinto&Itemid=5](http://www.schvivo.com/index.php?option=com_content&view=article&id=2248:el-rol-de-la-mujer-en-la-iglesia-catolica-parte-ii&catid=35:mario-requena-pinto&Itemid=5)>, consulta: 2 de junio de 2014.
- Women’s Ordination Worldwide, <<http://womensordination-worldwide.org/>>, consulta: 2 de junio de 2014.

**Graciela Enríquez Enríquez**  
coordinó esta edición de 1 000 ejemplares

El cuidado de la obra estuvo a cargo de  
**Yvette Couturier**

Se terminó de imprimir en noviembre de 2014

Diseño gráfico editorial  
**Solar, Servicios Editoriales, S.A. de C.V.**  
Calle 2 núm. 21, San Pedro de los Pinos  
03800, México, D.F.  
55 15 16 57

En la composición se utilizaron tipos  
Carmina Md BT en tamaños  
9, 10, 11, 11.5, 12, 13, 18 y 24 puntos

Editado por  
**DEMAC**